

#54 / 2024 OCTUBRE

artelka

**MUROS, PIEL
Y MISERIA**

GEDAR

— E vitar hacer frente al problema del sistema capitalista, pretender contener el conflicto de clase mediante políticas de fronteras, políticas de estado, y siempre en oposición a una cabeza de turco, que no es sino el proletariado inmigrante, eso es tomar una posición racista. Posición racista que no se responsabiliza del problema, pues este viene de fuera, y se opone a los fundamentos del internacionalismo proletario; que busca atacar la dominación de la burguesía y la miseria que ella genera, allí hasta donde lleguen, allí hasta donde se encuentre un hermano y una hermana proletaria.

Contenido

6

10

22

24

38

52

EDITORIAL

Arteka

Sí, es racismo

COLABORACIÓN

Ainhoa Jugo

Capitalismo y migración

OPINIÓN

Eli Irazu

**(Una) apología de la
unidad de clase**

REPORTAJE

Jose Castillo

**En las fronteras del
“jardín”: la geopolítica
de la inmigración en
Europa y Estados Unidos**

COLABORACIÓN

Pablo C. Ruiz

**El mito del inmigrante
y el internacionalismo
proletario**

**REPORTAJE
HISTÓRICO**

Marina Segovia

**Evolución histórica
de las migraciones**

Sí, es racismo

Editorial

Algunas personas se escudan en los datos, para evitar las consecuencias que de derivan de sus propias posiciones. Las cosas son así, y yo solo soy un informador, una herramienta de los datos, los verdaderos soberanos.

Pero lo cierto es que los datos no están ahí sin más. Los mismos son ya una síntesis muy específica de la realidad, mediada por la ideología del sujeto que los procesa. Y aceptarlos tal cual significa aceptar la posición política que ha considerado que es relevante procesar esos datos, crearlos.

Pongamos un ejemplo. Ante una situación conflictiva, digamos un robo, se puede proceder de diferentes maneras. Se puede considerar qué porcentaje de robos son realizados por hombres y qué porcentaje por mujeres, cuántos por personas de una específica estatura, cuántos por personas con trabajo, con familia... Se pueden procesar los datos según categorías muy diversas y de gran interés. Sin embargo, hacerlo de una u otra manera no depende del hecho en sí, sino que de la interpretación que se haga del mismo.

No son los datos los que producen una ideología específica, una manera de ver el mundo. Muy al contrario, sólo desde una perspectiva preestablecida, una perspectiva asociada a la situación real del individuo; en definitiva, una perspectiva de clase, se puede ordenar la realidad en forma estadística, en un conjunto de datos. Claro está que no siempre el individuo adquiere la posición de clase que le corresponde; la lucha de clases tiene que ver con hacer hegemónica una posición de clase, imponerla. Pero, en cualquier caso, sea quien sea el individuo y su situación individual, este adquiere siempre una perspectiva de clase, que le permite enfrentarse a la realidad social, y a los hechos.

Es por ello que podemos afirmar sin miedo a equivocarnos: procesar los datos según la procedencia y asociar ciertos hechos a la migración, una migración que se asocia asimismo a la raza, pues migrante solo es y así se considera a quien procede de un país menospreciado en un sentido racista; actuar de esa manera, sí, es racismo, y es un racista quien así procede. Más evidente es aún cuando el dato que se ofrece como hecho objetivo no aporta ninguna claridad a los propios hechos y es incapaz de explicarlos.

Aunque hubiera robos, asesinatos u otro tipo de disturbios de manera generalizada, y aunque según la estadística estos fueran producidos masivamente por migrantes, seguiríamos sin poder explicar los hechos por la migración o por la procedencia de quien los comete. Y si eso es así, si la categoría según la cual se ha procesado el dato es incapaz de explicar el hecho, eso es precisamente porque no es determinante en su comprensión, y se puede descartar, o cuanto menos degradar en el orden categorial de ordenación de los hechos.

Insistimos: aunque aceptáramos que todos los males sociales están asociados a los migrantes, la migración seguiría siendo incapaz de explicar esos males; a lo sumo alcanzaría a explicar por qué se han desplazado geográficamente –por qué han migrado los males–. Pero en ese caso, no habría ya duda alguna de nuestra posición racista. Pues si de lo que se trata es de evitar el mal en nuestro entorno, aceptando que ha de ser confinado a un territorio específico, entonces ello implica aceptar la superioridad de Occidente sobre toda la periferia y sobre los individuos que la pueblan. Aceptar el mal sobre el proletariado de los países más pobres, y dar por buena su explotación.

Procesar los datos según la procedencia y asociar ciertos hechos a la migración, una migración que se asocia asimismo a la raza, pues migrante solo es y así se considera a quien procede de un país menospreciado en un sentido racista; actuar de esa manera, sí, es racismo, y es un racista quien así procede

Además, si ese conflicto se explica por la migración, que asimismo se identifica con individuos de determinados países empobrecidos y racialmente menospreciados que son obligados a desplazarse, entonces el conflicto se explica como algo propio a la raza, y su solución solo puede ser racista: cerrar fronteras, organizar grupos fascistas de caza al inmigrante, negar derechos a los inmigrantes... en definitiva, catalogar al inmigrante como un ser de una raza inferior al que hay que tener bajo control, o exterminar.

Esas posiciones son fácilmente observables en las propuestas de todos y cada uno de los partidos del arco parlamentario burgués. Algunos reclaman abiertamente cerrar las fronteras a los migrantes; otros dicen que el problema no es la inmigración, sino la falta de un estado independiente, con lo que demuestran que su verdadera preocupación sí es la inmigración. Se deduce fácilmente de qué manera pretenden hacerle frente.

Sin embargo, el que identifican como problema de la inmigración es indistinguible del problema de la pobreza y la proletarización. Si se emplea un eufemismo que no aporta nada, como es el caso de la inmigración, eso es precisamente porque se quiere ocultar la realidad, para no tener que afrontarla. De lo que se trata no es de abolir la sociedad dividida en clases, que genera pobreza y conflicto social, sino de paliar sus consecuencias y, en caso contrario, alejarlas de las propias fronteras. Para ese fin la inmigración es una categoría útil. Y lo es porque da la vuelta a la lógica de los acontecimientos. Primero nos ofrece los datos, y luego nos presenta su consecuencia lógica: aumenta la inmigración, aumenta el conflicto social. Los hechos, sin embargo, son muy diferentes, si se abordan desde una perspectiva comunista, no racista ni confinada a la nación y al nacionalismo como sujeto político.

Aunque aceptáramos que todos los males sociales están asociados a los migrantes, la migración seguiría siendo incapaz de explicar esos males; a lo sumo alcanzaría a explicar por qué se han desplazado geográficamente – por qué han migrado los males–. Pero en ese caso, no habría ya duda alguna de nuestra posición racista

Si aumenta la inmigración es porque aumenta el conflicto social, y si aumenta el conflicto social es porque el antagonismo de clase se eleva a niveles de una tensión incontenible. Y no solo en el país de origen de los migrantes o en los propios migrantes. La sociedad occidental, por motivo de las tensiones internas que son inherentes al conflicto de clases, se hace cada vez más incapaz de gestionar esas contradicciones, se rasga cada vez más, y encuentra el amortiguador, su toma tierra, en la inmigración. El hecho no es que simplemente hayan aumentado los robos y conflictos generados por migrantes, una vez más, según la estadística oficial. El hecho es que la sociedad capitalista occidental ha perdido su capacidad de contener el conflicto de clase, y es por ello que aumentan las expresiones conflictivas, o, si no aumentan, las que perduran generan mayores grietas.

Si aumenta la inmigración es porque aumenta el conflicto social, y si aumenta el conflicto social es porque el antagonismo de clase se eleva a niveles de una tensión incontenible. Y no solo en el país de origen de los migrantes o en los propios migrantes. La sociedad occidental, por motivo de las tensiones internas que son inherentes al conflicto de clases, se hace cada vez más incapaz de gestionar esas contradicciones, se rasga cada vez más, y encuentra el amortiguador, su toma tierra, en la inmigración

La polarización es mayor, la causa común contra un nuevo enemigo en aumento –el proletariado– adquiere cuerpo en su identificación como inmigrante, buscando así activar a parte del proletariado nacional en interés de la clase media en proceso de proletarización. Pero, en realidad, es una lucha contra el proletariado, pues aquellas características que relacionan con el inmigrante son en realidad las características de una clase social oprimida, explotada y pauperizada, en el seno de una sociedad capitalista en descomposición.

Evitar hacer frente al problema del sistema capitalista, pretender contener el conflicto de clase mediante políticas de fronteras, políticas de estado, y siempre en oposición a una cabeza de turco, que no es sino el proletariado inmigrante, eso es tomar una posición racista. Posición racista que no se responsabiliza del problema, pues este viene de fuera, y se opone a los fundamentos del internacionalismo proletario; que busca atacar la dominación de la burguesía y la miseria que ella genera, allí hasta donde lleguen, allí hasta donde se encuentre un hermano y una hermana proletaria. ●

COLABORACIÓN



CAPITALISMO Y MIGRACIÓN



Texto — **Ainhoa Jugo**

Durante el último año, las ideas reaccionarias han cobrado una gran centralidad en diferentes esferas sociales y políticas a nivel global. Asistimos a lo que podemos categorizar como derechización del marco político o auge reaccionario. Este proceso ha de ser comprendido al calor de la coyuntura actual, en la que los fundamentos materiales de la acumulación global capitalista están cada vez más mermados como resultado de las contradicciones económicas capitalistas.



En el caso europeo, la incapacidad de los partidos políticos para contener el retroceso del Estado de Bienestar ha provocado que una parte importante de aquellos que ven cada día empeorar sus condiciones de vida, es decir, que encuentran mayores dificultades para acceder a la vivienda, perciben salarios de miseria o sufren los estragos de la inflación, reaccionen ante tal situación de impotencia abrazando el autoritarismo de las fuerzas reaccionarias. En un contexto en el que el movimiento obrero no cuenta con una dirección política que lo guíe o, lo que es lo mismo, en ausencia de un Partido Comunista que pueda organizar la lucha del proletariado, concienciando a la clase trabajadora y combatiendo la ofensiva de clase de la burguesía, esta impotencia acaba siendo subsumida por las ideas más reaccionarias.

Además, a esto hay que añadirle el giro autoritario del Estado, que responde a la necesidad de amortiguar la conflictividad que surge como consecuencia del recrudecimiento de las condiciones de vida de la mayoría trabajadora. Endurecimiento del marco penal, militarización de las fronteras o aumento constante del número de policías son algunos ejemplos que ilustran esta realidad. Todo ello genera un caldo de cultivo idóneo para la expansión del racismo, el discurso securitario y demás tendencias reaccionarias que, a su vez, establecen el escenario perfecto para la instauración de más y más reformas jurídicas en clave autoritaria. Giro autoritario e ideas reaccionarias son, en definitiva, dos elementos de causalidad recíproca.

LOS FLUJOS MIGRATORIOS Y LA CONDICIÓN DEL MIGRANTE

La historia del capitalismo es, al mismo tiempo, una historia de flujos migratorios. Desde sus mismos inicios y durante todo su desarrollo histórico, el capitalismo ha provocado el desplazamiento de esclavos, pobres y desposeídos de todo tipo. Así, el proceso histórico de acumulación capitalista es indisoluble del movimiento del proletariado a escala planetaria.

Las razones por las que el proletariado ha sido desplazado masivamente a lo largo de la historia tienen raíces tanto económicas como políticas. Tras estas razones se esconden las relaciones de producción capitalistas, es decir, la acumulación de capital. Por ello, cuando hablamos de migración debemos situar las causas de estos flujos en la insaturación de la sociedad capitalista.

Por ejemplo, en las sociedades precapitalistas, los flujos migratorios eran principalmente provocados por lo que podríamos llamar “circunstancias externas”, como cambios bruscos en el clima, inundaciones o sequías que lastraban las oportunidades reproductivas de las sociedades agrarias. En cambio, fue durante la transición hacia la sociedad industrial-burguesa, en la que las relaciones de producción capitalistas comenzaron a imponerse sobre las feudales, cuando comenzaron a darse los primeros desplazamientos masivos de los desposeídos de la tierra, quienes migraron hacia los centros urbanos desde las zonas rurales para obtener un salario. Es decir, las masas proletarizadas comenzaron a migrar para poder vender su fuerza de trabajo, que constituía la única vía para la reproducción de la vida, dotando de una racionalidad puramente económica al desplazamiento.

Una vez se consolidaron las relaciones de producción capitalistas, el imperialismo comenzó a ser la forma histórica en la que se relacionaban los distintos territorios del planeta. Las contradicciones relacionadas con la rentabilidad del capital y el mantenimiento de la tasa de acumulación requirieron que la burguesía buscara nuevos espacios que pudiesen ser sometidos a la explotación capitalista y permitieran invertir rentablemente el capital superfluo y la mano de obra excedente. El objetivo de esta burguesía era ampliar el mercado a aquellas zonas en las que el capitalismo todavía tenía margen para desarrollarse, como África y Asia.

Esta expansión transformó las relaciones sociales a escala planetaria. Por un lado, en un sentido político, la organización del territorio adquirió la forma de estados-nación. Y, por otro lado, en un sentido económico, la nueva división internacional del trabajo dividió el mundo entre centro imperialista y periferia. Estas dos características del capitalismo son determinantes para comprender los flujos migratorios.

En cuanto al primer elemento, los estados-nación se constituyeron como la forma política en la que las relaciones de producción capitalistas se desarrollaron a nivel global. Esto implicó la separación del globo en territorios nacionales independientes. Los estados, como instrumentos burgueses para la gestión de la dominación doméstica y la expansión de sus intereses económicos, construyeron nuevas fronteras políticas a lo largo y ancho del planeta. De esta manera, la burguesía, a la vez que fijaba su soberanía política sobre el territorio, hubo de establecer legislaciones y políticas migratorias, regulando los procedimientos de acceso y residencia.

El orden político internacional capitalista de los estados-nación trajo consigo, por lo tanto, que la burguesía comenzara a distinguir jurídicamente entre el trabajador nacional y el extranjero, aprovechando tal distinción para propagar discursos racistas que dividían al proletariado. Así, podemos afirmar que la organización política del capitalismo en estados-nación constituye una de las bases materiales que dotan de un sentido histórico a las ideas racistas. En la actualidad, por ejemplo, la llegada de inmigrantes se nos presenta como la causa de la inseguridad, de la destrucción del Estado del Bienestar o del retroceso salarial, lo que ayuda a propagar el racismo y justificar la restricción de los flujos migratorios. Por mucho que el sentido común burgués nos empuje a pensar en las fronteras o en la distinción entre nacionales y extranjeros como naturales, la realidad es que son las relaciones de poder capitalistas las que estructuran esta forma de dividirnos.



El estilo de vida occidental, bajo las coordenadas sociales del capitalismo, es una vida sostenida, al menos parcialmente, por los pobres del mundo

En cuanto al segundo elemento, como hemos anticipado, el despliegue histórico del capitalismo provocó un desarrollo desigual entre el centro imperialista y la periferia. La necesidad incesante de extraer riqueza que le es intrínseca a la dinámica del capital llevó a las empresas de las regiones más desarrolladas a perseguir nuevos mercados, para poder ampliar el margen entre el coste de producción y la ganancia. Las colonias, por ejemplo, fueron idóneas para instaurar sus plantas de producción y rebajar los costes, empleando mano de obra más barata a la que se le negaban por definición unos derechos políticos mínimos. Simultáneamente, la burguesía pudo acceder a ingentes recursos naturales de forma directa y gratuita. Esto provocó que se articulara una división del trabajo internacional que limitó las posibilidades de desarrollo productivo de las regiones periféricas. Tras la instauración de estados formalmente independientes pero políticamente controlados por el centro, es decir, tras el proceso de descolonización, el equilibrio internacional quedó prácticamente inalterado. Los territorios imperializados, por lo tanto, vieron limitado su desarrollo económico por las grandes potencias capitalistas o, lo que es lo mismo, el desarrollo económico del centro imperialista sólo fue posible gracias al subdesarrollo de la periferia. Actualmente, y pesar de los grises o países en vías de desarrollo, la división entre un centro imperialista copado por los tramos productivos de mayor desarrollo tecnológico y una periferia condenada a la producción de menor valor añadido sigue siendo tremendamente explicativa.

Este desarrollo desigual no solo produce diferencias a nivel productivo, sino también, como es lógico, a nivel social. Así, el mundo está dividido en dos formas de vivir completamente diferentes. La lucha de los trabajadores occidentales fue central para adquirir un nivel de vida relativamente aceptable basado en los servicios públicos más o menos generalizados, un peso importante de la masa salarial en la economía y el reconocimiento de ciertos derechos políticos. Pero es justo reconocer que, sin la mayor explotación de la otra parte del globo, que obliga a miles de millones de personas a vivir de forma penosa e inhumana, sometidos a la miseria y la muerte cotidianas, las formas de consumo del centro serían impracticables. ¿O acaso creemos que nuestros aparatos electrónicos, alimentos y prendas tendrían el mismo precio si las multinacionales que los producen no sobreexplotarían a los trabajadores del resto del planeta? El estilo de vida occidental, bajo las coordenadas sociales del capitalismo, es una vida sostenida, al menos parcialmente, por los pobres del mundo.

La enorme polarización entre estas dos formas de vivir está a la base de una parte importante de los flujos migratorios que suceden hoy en día. La búsqueda de un futuro más próspero es la principal motivación de aquellos que migran hacia los países occidentales. La pobreza, el hambre y la crisis son los factores fundamentales para comprender por qué masas ingentes de proletarios se agolpan en las fronteras del llamado “mundo libre”. Las guerras y la persecución política son, en realidad, un efecto de segunda ronda del mismo fenómeno. Los Estados y la burguesía de las potencias desarrolladas promocionan a dictadorzuelos de todo tipo con el objetivo de contener las aspiraciones políticas del proletariado periférico y mantenerlo en su condición de subordinado. Asimismo, contribuyen a la expansión de la guerra siempre que sus intereses se ponen en tela de juicio. Y, en última instancia, sostienen el orden político y social sobre el que estos fenómenos se dan en muchas regiones del planeta de forma trágicamente simultánea.

Desde esta perspectiva, el migrante no es más que un proletario con los mismos intereses que el proletario de la parte desarrollada del mundo, pues las posibilidades de emancipación de ambos pasan necesariamente por la abolición del régimen de propiedad que sostiene el poder de la burguesía internacional. No obstante, el migrante no sólo sufre una explotación de mayor intensidad en su tierra natal, sino que se enfrenta a la antes mencionada distinción jurídica y discursiva practicada por la burguesía nacional. Este es un mecanismo que no sólo cumple la función de dividir políticamente a la clase trabajadora, apelando a las “insalvables barreras de la cultura nacional” o al racismo directamente, sino que, además, sirve para mantener una posición devaluada de la mano de obra migrante. La negación de determinados derechos políticos y sociales —o sea, la ciudadanía de segundo orden— intensifica la relación de dependencia que ya de por sí arrastra un colectivo por lo general empobrecido.

Los migrantes, en este sentido, no sólo acceden a los puestos laborales peor remunerados o de menor reconocimiento social por la falta de recursos o formación, sino que hay todo un aparato político al servicio del capital que insiste en que permanezcan bajo esta condición, al menos durante sus primeros años en el territorio. Cuando el requisito para obtener la ciudadanía de pleno derecho consiste en conseguir un contrato laboral urgentemente o subsistir durante un par de años de forma irregular, el Estado está condenando a una parte del proletariado a situarse en los estratos menos reconocidos del mercado laboral. Así, que la burguesía y el Estado fueren a la población migrante a vivir de forma diferenciada del resto es una de las circunstancias que las fuerzas políticas reaccionarias aprovechan para propagar sus discursos xenófobos y sus bulos racistas. Esta diferenciación es la que hace posible que en la sociedad burguesa un mismo hecho provoque indignación y preocupación a nivel social si tiene a un migrante como protagonista o sea sencillamente irrelevante si por el contrario tal hecho está relacionado con un trabajador nacional. El racismo, en definitiva, expresa en términos ideológicos la división económica entre trabajadores que genera la burguesía.

No obstante, la aversión discursiva de la burguesía hacia la población migrante esconde un elemento importante a considerar: la importación selectiva de mano de obra. Como hemos dicho, el discurso racista se combina en la sociedad burguesa con el

aprovechamiento económico del proletariado periférico, tanto en su tierra natal como en territorio nacional. Sobre la base de la división política global en estados-nación y sobre la base de los movimientos migratorios que genera el desarrollo económico desigual capitalista, la burguesía ha ido militarizando las fronteras para poder regular la entrada y salida de migrantes, en función de las necesidades del capital. El migrante es tratado por la burguesía como mercancía, como mano de obra explotable, pero expuesto socialmente como amenaza. El interés económico en la explotación del migrante como sujeto devaluado es el fundamento del racismo institucional y discursivo.

¿Pero qué sentido tiene para la burguesía criminalizar la existencia de quien aporta fuerza de trabajo enormemente rentable? La militarización de las fronteras expresa esta aparente contradicción. La burguesía necesita importar mano de obra, pero no de forma tan masiva como provoca su actividad imperialista transfronteriza. El control militar de las fronteras permite que la burguesía fortifique los límites de poder de su Estado y, por lo tanto, pueda regular la cantidad de potenciales explotables que ingresan en el territorio. Así, el racismo no es sólo funcional a la política burguesa para dividir a los obreros o utilizar a la población migrante como chivo expiatorio. Sirve, además, para justificar la agresión militar en las fronteras contra quienes exceden el número de migrantes necesarios o no cuentan con las condiciones formativas demandadas por el Capital.

Por el contrario, cuando la burguesía requiere de mano de obra rápidamente, vemos a patronales y gobiernos solicitando la apertura de fronteras y la flexibilización de los trámites burocráticos para responder a esta necesidad. Pero siempre bajo el estricto control del aparato militar del Estado.

Veamos algunos ejemplos. La Confederación Extremeña de la Construcción (CNC) alertó de que la falta de mano de obra ha provocado que las promociones previstas en la Comunidad Autónoma de Extremadura se hayan reducido, señalando que no existe mano de obra suficiente para cubrir los proyectos y que se precisan 9.000 profesionales. Este problema está causando atrasos y otros proyectos no están saliendo adelante. A modo de solución la propia patronal ha propuesto que se legalice la situación irregular de los migrantes de la zona.



El interés económico en la explotación del migrante como sujeto devaluado es el fundamento del racismo institucional y discursivo

A mediados de este año, el presidente de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales, Antonio Garamendi, se mostraba a favor de la Iniciativa Legislativa Popular (ILP) que se tramitaba en el Congreso de los Diputados. Evidentemente no desde una perspectiva de reconocimiento de los derechos fundamentales que todo ser humano debería poseer. Sino haciendo referencia a que existen muchos puestos de trabajo sin cubrir. De hecho, han sido las patronales de diferentes sectores como hostelería, agricultura o construcción las que han denunciado la escasez de mano de obra.

El pasado agosto, Fabio Panetta, miembro del Consejo de Gobierno del Banco Central Europeo (BCE) y gobernador del Banco de Italia, declaraba sobre la necesidad de la UE de importar mano de obra que “las medidas que favorecen la afluencia de trabajadores legales extranjeros constituyen una respuesta racional desde el punto de vista económico”. Asimismo, Adrian Prettejohn, analista de Capital Economics, destacaba que “con el envejecimiento de la población, la inmigración neta tendrá que aumentar significativamente simplemente para mantener la población en edad de trabajar en su tamaño actual”.



LA REALIDAD MIGRATORIA EN EL ESTADO ESPAÑOL

Para entender la realidad migratoria actual en el Estado Español, debemos comprender primeramente que la política que regula los flujos migratorios se basa en un equilibrio entre el control del tráfico de la mano de obra de la periferia y la política de responsabilidad en los estados receptores. El objetivo de estas políticas no es otro que proveer del número óptimo de trabajadores a los estados receptores para la acumulación del capital, mientras que se intenta contener o reducir la responsabilidad política y social de todas esas personas como ciudadanos, por ejemplo, creando diferentes estatus de ciudadano o permisos temporales. Las fronteras sirven para clasificar a las personas e imputarles unas condiciones sociales específicas, mediadas por los intereses del Capital.

Repasemos ahora las cifras. Según los datos consultados, los migrantes en situación regular que han llegado al Estado Español desde el 2015 han aumentado. En el 2015, fueron 400.000 los migrantes en situación irregular que traspasaron las fronteras del Estado. En cambio, en el 2022 el número ha aumentado a 1.200.000. A estas cifras hay que sumarle la migración “irregular”, que no se encuentra contabilizada en los datos expuestos y que en el año 2022 alcanzó la cantidad de 31.219 migrantes, algo más baja que los dos años previos.

El número de proletarios migrantes que ingresan anualmente en territorio español de manera irregular ha crecido desde el año 2015. En 2015, menos de 20.000 personas consiguieron traspasar las fronteras del Estado. En los años 2021 y 2020, la cifra se incrementó a 40.385 y 40.100 migrantes respectivamente. Las cifras más altas registradas son del año 2018, cuando 64.298 trabajadores “irregulares” ingresaron en el Estado Español. Los últimos datos registrados, del año 2023, recogen 56.852 migrantes.

Gran parte de ellos llegan por las distintas vías marítimas. En el año 2023, 55.618 llegaron por mar y solo 1.234 por vía terrestre a Ceuta y Melilla. Esta situación nos obliga a considerar el mar Mediterráneo como la ruta principal de los flujos migratorios de los últimos años, sobre todo para las masas proletarias en zonas de conflicto. Desde que comenzó la recopilación de datos en enero del año 2014, al menos 61.457 personas han muerto o desaparecido en trayectos migratorios en todo el mundo. Más de un tercio, 28.806 personas, solo en el Mediterráneo.

La causa de la muerte más habitual es el ahogamiento, 34.961 personas del total, seguida por las muertes vinculadas a transportes peligrosos, que suman 4.959 víctimas. La violencia es la causa de la muerte de 3.593 de personas, mientras que las condiciones ambientales extremas, la falta de albergue, comida o agua han acabado con la vida de 3.481 migrantes. Las enfermedades se cobraron un total de 1.579 vidas y la muerte accidental 702. Además, hay 8.594 personas que fallecieron por causas desconocidas o por una mezcla de alguna de las anteriores.

Otro problema relacionado con estos desplazamientos son las devoluciones en caliente en la frontera. Según las cifras del Ministerio del Interior, en 2017 el Gobierno realizó 607 rechazos en frontera y, en 2018, un total de 658. Más allá de lo aportado en alguna respuesta escrita por parte de miembros del Gobierno Español, Interior no facilita datos sobre esta práctica, ni relativos a esos mismos años, ni de los siguientes. Y aunque algunas fuentes periodísticas han tratado de buscar los datos, no se han podido encontrar cifras exactas de esta práctica. La opacidad es total.

Estas insoportables cifras cierran una década marcada por el aumento de los desplazamientos forzados en todo el mundo, a lo que habrá que sumarle el nuevo acuerdo que definirá el futuro Pacto de Migración y Asilo de la UE, que socavará aún más el derecho de asilo y pondrá mayores obstáculos a quienes pretendan llegar a la UE sin permiso de la burguesía continental.

Las fronteras sirven para clasificar a las personas e imputarles unas condiciones sociales específicas, mediadas por los intereses del Capital

CONCLUSIONES

La realidad descrita durante todo el artículo no ha cambiado ni un ápice en lo fundamental desde que el capitalismo rige nuestras vidas. En 1913, Lenin advertía de que el capitalismo había dado lugar a “una forma especial de migración de naciones” en la que “los países industriales en rápido desarrollo (...) expulsan a los países atrasados del mercado mundial, aumentan los salarios en casa por encima de la tasa promedio y, por lo tanto, atraen proletarios de los países atrasados”. Sobre los proletarios migrantes precisaba el ruso que “el capitalismo avanzado los absorbe a la fuerza a su órbita, los arranca de sus regiones lejanas en las que viven, los hace partícipes del movimiento histórico-mundial y los enfrenta cara a cara con la poderosa clase unida e internacional de propietarios industriales”. Acerca de las razones por las que los proletarios migraban indicaba que “no cabe duda de que la pobreza extrema obliga a las personas a abandonar su tierra natal y que los capitalistas explotan a los trabajadores inmigrantes de la manera más descarada”. Pero, al mismo tiempo, no dudaba en afirmar que “sólo los reaccionarios pueden cerrar los ojos ante la *significación progresista* de esta migración moderna de naciones”.

Donde los políticos del Partido del Orden ven una frontera natural e incuestionable, los comunistas vemos una división artificial que responde al poder político de la burguesía. Donde los burócratas ven jardines que proteger, los comunistas vemos un orden económico internacional basado en la subyugación del proletariado nacional y periférico. Donde los empresarios ven mano de obra devaluada, los comunistas vemos a un compañero de clase. Donde reaccionarios de izquierda y derecha ven el chivo expiatorio sobre el que volcar su impotencia, los comunistas vemos a un camarada.

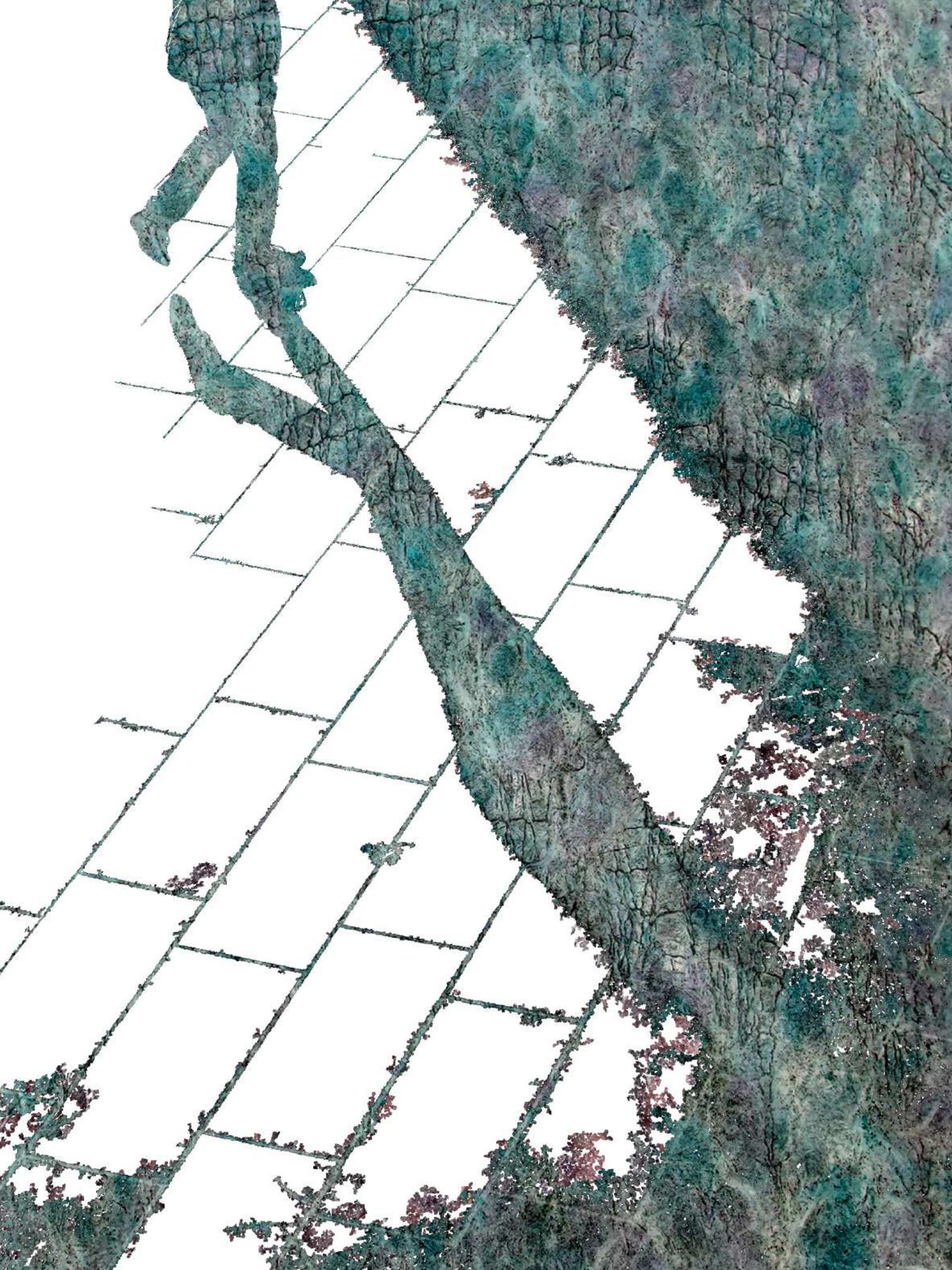
Dice Lenin que “la burguesía incita a los obreros de una nación contra los de otra en el esfuerzo por mantenerlos desunidos”. La política comunista ha de ir, entonces, en la dirección contraria: combate sin cuartel el racismo hacia la unificación del proletariado de todas las naciones en una fuerza política conjunta. ●

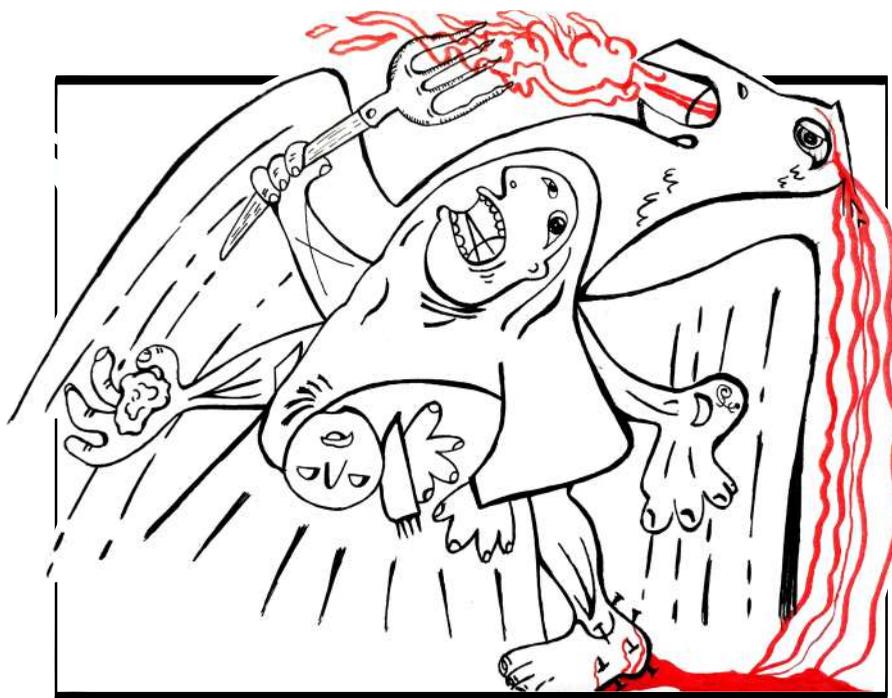
BIBLIOGRAFÍA

- Ritchie, G. et al. (eds.) (2022),** *Marxism and migration*, Palgrave.
- Mezzadra, S. & Neilson, B. (2017),** *La frontera como método*, Traficantes de sueños.
- Vogel, R. D. (2013),** *Marxist theories of migration*, Wiley-Blackwell.
- González, N. (2011).** *Migrantes, procesos de irregularización y lógicas de acumulación y exclusión*.
- Lenin (1913).** *Capitalismo e inmigración del proletariado*.
- De Genova, N. (2028),** *The deportation power*.

DATOS GENERALES

- Gobierno Vasco. (2022, octubre).** *VI Plan Intercultural de Ciudadanía, Inmigración y Asilo 2022-2025 (VI)*. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Gobierno Vasco. (2018, octubre).** *Pacto Social Vasco para la Migración*. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco
- Portal de datos sobre migración,** *Flujos migratorios internacionales*.
- Ministerio del Interior de España,** *Inmigración Irregular 2024*.





(Una) apología de la unidad de clase

Texto — **Eli Irazu**

Imagen — **Manubeltz**

Y en las calles estrechas, angostas, tortuosas de la inmensa ciudad, entre los muros fríos y silenciosos, erigidos por la mano de creadores desconocidos, crecía cada vez más y se maduraba la gran fe de los hombres en fraternidad de todos con todos: ¡Camaradas!

Maksim Gorki

En el último año, todos y todas hemos oído las barbaridades que han pronunciado los apologistas del genocidio de Gaza; al fin y al cabo, hay que decir muchas burradas para justificar lo que están haciendo. Sin embargo, es tan malo el sabor que me ha dejado en la memoria una de estas, que no me la puedo quitar de la cabeza. Me refiero a la idea que tanto se ha oído en las redes sociales, que dice que los países árabes deberían acoger a los palestinos. No tanto por razones prácticas, sino porque la cuestión de Palestina se entiende como un tema de los árabes.

Quizás me diréis que no es para tanto, que los sionistas han dicho cosas mucho peores, y tendréis toda la razón. Pero me parece que detrás de esta frase se encuentra una noción de la política que está muy extendida, y que ha contaminado totalmente a la socialdemocracia, además de a la derecha.

Está claro que la clase trabajadora es diversa, y que debemos reconocer y analizar las diferentes opresiones que sufre nuestra clase, así como su dimensión subjetiva. Pero, quien, tras señalar las diferencias dentro de la clase trabajadora, en el próximo aliento, no reivindica la unidad de nuestra clase, ¿qué reivindica en realidad?

Precisamente, afirmar que el genocidio de Gaza es el problema de un grupo particular implica la cruda y evidente negación de la idea de igualdad. La derecha tiene gran experiencia en esto, pues siempre ha defendido de forma manifiesta la desigualdad: alza la proclama nacionalista para dividir a migrantes y autóctonos, la del machismo, para nivelar a hombres y mujeres, etcétera. Dividen la sociedad en grupos, afirmando que cada uno de ellos tiene sus intereses, y que a cada uno le corresponde defenderlos. Así, ocultan aquello que realmente divide al ser humano: la propiedad privada.

Pero la derecha no se ha olvidado de la clase, y es la única que no para de insistir en las diferencias entre personas. Me vienen a la cabeza los intelectuales de las políticas de identidad, que han argumentado, desde sus cátedras, que la razón es occidental y patriarcal, y el marxismo una “ideología blanca”. Quienes han dicho que es imposible entender una opresión sin haberla vivido en primera persona, que cada subjetividad tiene su lucha particular... Estos ideólogos dicen que están a favor de la igualdad, pero, en la práctica, reproducen una visión tribalista de la humanidad. Estos también esconden aquello que realmente divide a la humanidad: la propiedad privada.

Y está claro que la clase trabajadora es diversa, y que debemos reconocer y analizar las diferentes opresiones que sufre nuestra clase, así como su dimensión subjetiva. Pero, quien, tras señalar las diferencias dentro de la clase trabajadora, en el próximo aliento, no reivindica la unidad de nuestra clase, ¿qué reivindica en realidad? ¿Qué propuesta de superación de las opresiones tienen aquellos que sólo mencionan la clase para negar su unidad?

Que no nos confundan: para quien tiene como horizonte la igualdad y la libertad del ser humano, la clase trabajadora es una sola, y el problema de unos trabajadores es problema de todos. Que nadie subestime todo lo que puede entender y hacer aquel con la cabeza astuta y el corazón abierto.. ●

Acá y allá se encendía un pequeño fuego llamado a ser una llama que abrasará la tierra con el vívido sentimiento de la fraternidad de todas las gentes. Abrasará toda la tierra y quemará y reducirá a cenizas el odio y la crueldad que nos deforma; abrazará todos los corazones y los fundirá en uno sólo: el corazón de los hombres justos y nobles en una familia indisoluble, libre y trabajadora. [...] Y en el caos confuso de la vida agitada y privada de alegrías, como estrella luminosa, como faro del porvenir, brilló la palabra simple, sencilla, profunda, como el corazón: ‘¡Camarada!’

Maksim Gorki

EN LAS FRONTERAS DEL “JARDÍN”

La geopolítica de la inmigración en Europa y EEUU

Texto — **Jose Castillo**

Imagen — **Martiko(s)**



«Nosotros hemos construido un jardín. Todo funciona. Es la mejor combinación de libertades políticas, prosperidad económica y cohesión social que la humanidad haya construido nunca. Pero la mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría invadir el jardín. Porque la jungla tiene una fuerte capacidad de crecimiento y el muro no será lo bastante alto como para proteger el jardín»

Josep Borrell

Alto representante de la Unión Europea para
Asuntos Exteriores y Política de Seguridad



En otoño de 2022, ya habiendo transcurrido más de medio año desde el inicio de la guerra entre Rusia y Ucrania, con una crisis inflacionaria rampante asolando todo Occidente y una Europa a la que se le avecinaba un invierno crudo por la reducción de la energía barata rusa y una inmigración por su flanco sur que comenzaba a aumentar, Josep Borrell hizo unas declaraciones polémicas y esclarecedoras. El alto representante para Política Exterior de la Unión Europea comparó a Europa con un “jardín” frente a la mayoría del resto del mundo, que calificó de “jungla”. No le faltaba razón a Borrell, solamente le faltó argumentar que la existencia del jardín y la jungla son mutuamente dependientes. Es decir, no puede existir jardín del Estado del bienestar, sin jungla donde la explotación y el saqueo de recursos se den en su forma más cruda.

No es objeto de este texto realizar un análisis de las relaciones centro-periferia que articulan el sistema mundial capitalista. Más bien, nos centraremos en las políticas y las razones geopolíticas que existen en su trasfondo, y que se han tomado durante la última década en la política migratoria de los Estados Unidos y la Unión Europea. Está claro que el jardín al que Borrell se refiere lleva largos años en crisis, el deterioro salarial y de los servicios estatales, como la sanidad, así lo demuestran. Pero la extrema derecha, y la no tan extrema, que se está afianzando a lo largo de Europa propone un endurecimiento de las políticas migratorias y controles fronterizos.



Estos partidos, que ya cuentan con tres grupos parlamentarios en la Eurocámara y son los principales partidos en votos en Estados (aunque no en todos gobiernos) como Italia, Francia, Países Bajos o Austria, proponen construir una especie de “Europa fortaleza”. Como si las razones del declive económico y social europeo fuesen culpa del proletariado migrante. Sin embargo, la realidad es que ningún Estado de lo que se denomina centro capitalista ha desarrollado su modelo social sin usar una ingente cantidad de mano de obra migrante, que ha servido para cubrir puestos que la fuerza de trabajo local no estaba dispuesta a cubrir y para abaratar costes salariales en ciertos sectores.

Ningún partido, pese a su retórica más o menos racista, va a prescindir de la inmigración. Ya que ésta es un pilar fundamental del normal funcionamiento de las relaciones sociales capitalistas. Entonces, ¿a qué nos enfrentamos? El peligro real reside en que para los partidos gestores de las relaciones económicas capitalistas el problema no es la persona migrante, sino la migrante que no se integra a la relación salarial del país de destino. En resumidas cuentas, el racismo toma forma cultural de odio al diferente, pero en el fondo radica un odio al trabajador pobre, porque no es integrable en los circuitos salariales que ordenan la vida diaria de nuestras sociedades. Entonces se convierte en un problema.

Ningún Estado de lo que se denomina centro capitalista ha desarrollado su modelo social sin usar una ingente cantidad de mano de obra migrante, que ha servido para cubrir puestos que la fuerza de trabajo local no estaba dispuesta a cubrir y para abaratar costes salariales en ciertos sectores

Europa se dirige a un modelo de migración que podemos denominar, refiriéndonos a la famosa obra de Michael Foucault, de vigilar y castigar. Por una parte, vigilar y controlar las fronteras para que el tránsito de personas migrantes sea el que los Estados europeos puedan asumir e integrar efectivamente en sus procesos productivos, según el ciclo económico del momento. Y por otra, castigar a las personas migrantes que dentro de sus fronteras no se integren al normal modo de vida asalariado. Así se va a dar una combinación de políticas de retorno de migrantes y pago a países fronterizos para que controlen estos flujos, a la vez que veremos un paulatino endurecimiento del código penal para penar más duramente acciones como los pequeños hurtos o los pequeños actos de vandalismo. Acciones que podrán llevar a la deportación de quien los realice si éste se encuentra en una situación irregular o no cuenta con la nacionalización.

Europa se dirige hacia un modelo estadounidense de gestión de la migración, ya que la principal potencia económica del mundo ha sido la que durante largos años ha gestionado mediante esta combinación de vigilancia, control y castigo su recepción migratoria. Por tanto, tras esta introducción centrada en el presente de nuestro “jardín” europeo, cruzaremos el charco para ver qué similitudes existen entre las políticas migratorias que ha aplicado Estados Unidos y las que está aplicando la UE durante la última década.



ESTADOS UNIDOS: UNA NACIÓN DE MIGRANTES Y VALLAS

Estados Unidos es considerada la nación construida por migrantes por antonomasia. Puesto que su expansión hacia el oeste y toda la construcción de su industria se realizaron mediante población venida de fuera en busca de nuevas oportunidades. Sin embargo, este relato del sueño americano olvida que la construcción estatal y nacional de Estados Unidos se basó en tres pilares: el racismo institucionalizado, el esclavismo y la aniquilación o expulsión de la población nativa originaria.

La primera ley de nacionalización de la población de Estados Unidos fue la adoptada por el también primer presidente estadounidense, George Washington, conocida como Ley de Naturalización. Esta ley estableció en 1790 las reglas para convertirse en ciudadano de la recién independizada república, un derecho exclusivo de las personas blancas libres de “buen carácter” que hubieran residido en el país durante al menos dos años. Excluidos quedaban los nativos americanos, los sirvientes por contrato y los esclavos negros.

Tampoco tardaría en llegar la primera ley para la deportación de personas inmigrantes, bajo la presidencia de otro de los padres fundadores de la nación, John Adams, que en 1798 admitió las leyes de amigos y enemigos extranjeros. Leyes que permitían, bajo orden presidencial, expulsar del país a todo aquel considerado “peligroso para la paz y la seguridad de los Estados Unidos”. Estas tempranas leyes de regulación establecidas en una de las primeras democracias liberal-burguesas plenas muestran cómo los Estados capitalistas necesitan irremediadamente de leyes de atracción de la inmigración, junto a las de su expulsión y castigo si ésta no es asimilable.

Pese a todo, entre 1820 y 1920 llegaron legalmente a Estados Unidos casi cuarenta millones de personas inmigrantes, casi todos europeos: primero irlandeses y alemanes, luego italianos y austrohúngaros, y finalmente británicos o rusos. Junto a los europeos blancos que emigraban por las promesas que hacía la nueva república en construcción, se trasladó forzosamente a miles de personas para servir de mano de obra esclava desde el continente africano. Se calcula que desde antes de su independencia y hasta que se abolió la esclavitud de manera oficial en 1863, se trasladaron en torno a 380.000 personas de distintos países de África en condiciones infrahumanas para su venta como esclavos.

Además de emprendedores y esclavos, muchas personas quisieron viajar desde el este y sur de Asia a Estados Unidos, pero no se encontraron con las mismas facilidades. Si algo caracteriza al siglo XIX y primera mitad del XX estadounidense, en materia de migración, es su abierta xenofobia y control de la población asiática. A pocos años de terminar la Guerra Civil estadounidense, la Corte Suprema dictaminó que le correspondía al Gobierno Federal, y no a los estados individuales, imponer leyes de inmigración. El Gobierno Federal, en 1882, dictó la Ley de Exclusión China, que prohibió a los chinos emigrar a los Estados Unidos. En plena industrialización, parte de la pujante clase media blanca estadounidense culpaba a los trabajadores chinos por la bajada de los salarios.

Algo parecido ocurrió con los japoneses. El llamado “acuerdo de caballeros” de 1907 fue un tratado firmado por los gobiernos estadounidense y japonés para que las propias autoridades niponas fueran las que restringiesen la emigración de su población hacia la república norteamericana. A cambio, Estados Unidos ofreció facilitar la nacionalización de los inmigrantes japoneses ya establecidos dentro de sus fronteras. Este fue un primer y pionero acuerdo de externalización de fronteras. Casi dos décadas después, la Ley de inmigración de 1924 se estableció como un sistema de cuotas para limitar la cantidad de inmigrantes que ingresaban, de nuevo con particular énfasis en los asiáticos^[1].

Tras la Segunda Guerra Mundial se da un giro brusco en las tendencias migratorias, ya que los europeos dejaron de ser el primer grupo migratorio hacia Estados Unidos. Desde la mitad del siglo XX y hasta la actualidad, América del Sur y Centroamérica han sido los principales exportadores de inmigración hacia Estados Unidos. Entonces comenzaron las políticas de control de este nuevo foco migratorio, siendo sus dos grandes hitos, por una parte, la firma de la Iniciativa Mérida en 2007, acuerdo por el que el Congreso de Estados Unidos aportaba partidas millonarias a los gobiernos de México y otros países centroamericanos para modernizar sus fuerzas de seguridad fronterizas. Y, por otra parte, la construcción de un muro fronterizo entre Estados Unidos y México, que comenzó en el año 1996, bajo la presidencia de Bill Clinton, presidente demócrata^[2].

Esto último, nos debe hacer ver que pese a los relatos que podamos escuchar en la actualidad por los partidarios de Trump, las políticas migratorias no han diferido en lo esencial entre republicanos y demócratas. Siendo ambos partidos políticos conscientes de la gran aportación que hace la inmigración latinoamericana, incluso la considerada irregular, a la economía de la todavía primera potencia global. Un estudio de economistas del *Institute on Taxation and Economic Policy* (ITEP) del año 2017, apunta que los cerca de 11 millones de personas inmigrantes indocumentados que residían en Estados Unidos pagaron en impuestos un porcentaje muy similar al de la media de los contribuyentes estadounidenses, una media del 8% de sus ingresos en impuestos estatales y locales. Para poner esto en perspectiva, hay que tener en cuenta que el 1% de los contribuyentes más ricos paga de media un tipo impositivo a escala estatal de solo el 5,4%

Además de ser clave en la contribución al ya de por sí mermado sistema social estadounidense, son una parte esencial de la fuerza de trabajo. Los migrantes en situación irregular son más de la mitad de todos los trabajadores de recolectas agrícolas y el 15% de los que trabajan en el sector de la construcción. Si todos fueran deportados mañana, el país tendría un grave problema de salud pública, ya que representan además una cuarta parte del sector de la limpieza. Por ello, Estados Unidos aplica periodos de endurecimiento y alivio de los controles migratorios, según las necesidades de su mercado de trabajo, que es el que marca realmente el devenir de las leyes inmigratorias.

Actualmente, el tándem demócrata de Kamala Harris y Joe Biden quiere mostrarse como defensor de las minorías raciales frente al abiertamente xenófobo candidato republicano Donald Trump. Pero ateniéndonos a los datos, durante el 2023, bajo el mandato de Biden, se han realizado más del doble de detenciones de personas inmigrantes en la frontera con México de las que se llevaron a cabo en cualquier año del mandato de Trump^[4].

La diferencia principal radica en la política exterior migratoria de ambos. Trump promete mano dura contra la inmigración sin contar con la colaboración de los gobiernos latinoamericanos, confiando en que una militarización total de sus fronteras reducirá los flujos migratorios. Sin embargo, Biden ha reestablecido y aumentado la ayuda que se ofrece a los países de su frontera sur para que sean ellos los que se encarguen de controlar estos flujos de personas.

Sin ir más lejos, en septiembre de este mismo año, en plena campaña presidencial, el ejecutivo estadounidense ha anunciado que destinará una nueva partida de 685 millones de dólares para ayudar a los países de Latinoamérica y el Caribe a acoger a los migrantes que pasan por sus territorios. Estados Unidos lleva invertidos en 2024 más de 1.200 millones de dólares para avanzar en la Declaración de Los Ángeles, firmada en 2022 por una veintena de países que se comprometieron a cooperar con Estados Unidos para frenar la migración irregular y expandir vías legales para los migrantes. Estados Unidos ha construido y sigue perfeccionando un modelo de control y restricción de la inmigración, con externalización del control de ésta a su frontera sur.

Estas tempranas leyes de regulación establecidas en una de las primeras democracias liberal-burguesas plenas, muestran cómo los Estados capitalistas necesitan irremediablemente de leyes de atracción de la inmigración, junto a las de su expulsión y castigo si ésta no es asimilable



LA EUROPA FORTALEZA

Pese a que la UE trata de mostrarse frente a Estados Unidos como una potencia más tolerante y promotora de los derechos humanos, siendo la libre circulación de las personas uno de sus valores fundacionales, la Unión no está exenta de muros y controles en los que cada año pierden la vida miles de migrantes. En este sentido, el Estado español fue pionero en la securitización de su frontera sur. Las vallas que rodean las ciudades autónomas en suelo africano de Ceuta y Melilla no tienen parangón en Europa. Pese a que se construyeron en la década de 1990, aún hoy en día son las vallas fronterizas más altas de Europa, solo comparables con la valla construida en Calais por Francia, para impedir el paso a los migrantes que tratan de llegar a Reino Unido por el canal de la Mancha.

Pero el punto de inflexión fue la crisis de las personas refugiadas del año 2014, provocada por la guerra de Siria. Ese mismo año, el espacio Schengen (el supuesto espacio de libre circulación sin fronteras europeo) contaba con 315 kilómetros de muros y vallas fronterizas. Actualmente, se encuentra rodeado o atravesado por 19 vallas de distinto tamaño, que suman más de 2.000 kilómetros de longitud y están equipadas con una creciente variedad de sistemas de vigilancia de última tecnología, como cámaras, drones, sensores de movimiento y torres de vigilancia. Eslovenia, Hungría, Bulgaria, Grecia o Polonia son algunos de los Estados europeos que se han sumado a vallar sus fronteras durante la última década^[5].

El Código de Fronteras Schengen, que regula el espacio europeo de fronteras, solamente permite reestablecer los controles fronterizos internos por motivos de causa mayor. Para ello se debe alegar que existe una amenaza grave para el orden público o la seguridad interior. Este mecanismo de excepción ha sido invocado desde el año 2014 por diversos Estados miembros casi de manera permanente, convirtiendo la excepción en normalidad. Para entender la magnitud de esta nueva normalidad fronteriza, hay que tener en cuenta que entre 2006 y 2014 dicho mecanismo fue empleado 35 veces, y la mayoría de veces por razones políticas más que por control migratorio, por ejemplo: por Francia con motivo de unas jornadas políticas de la Izquierda Abertzale en Baiona en octubre de 2006; por Alemania en mayo y junio de 2007 con motivo de la cumbre del G-8; o por Noruega con motivo de la ceremonia del Premio Nobel en Oslo entre noviembre y diciembre de 2009.





Sin embargo, entre 2015 y 2018, apenas en tres años desde el inicio de la conocida como crisis de las personas refugiadas, ya se había aplicado esta cláusula del tratado 72 veces. Muchas de ellas además por países interiores de la UE que no tienen frontera con África u Oriente Medio, como Noruega, Suecia, Dinamarca, Alemania, Austria o Hungría. El motivo más alegado para recuperar el control fronterizo nacional fue el de “movimientos secundarios no autorizados”. Es decir, controlar los flujos migratorios de manera policial o militar. En este sentido, el Estado francés es un ejemplo paradigmático, ya que alegando una amenaza terrorista permanente desde los atentados a la redacción de la revista satírica *Charlie Hebdo* en el año 2015, nunca ha vuelto a suprimir totalmente los controles fronterizos de manera total como pide el acuerdo Schengen⁶¹.

Otro hito marcado por la crisis de las personas refugiadas fue el de abrir el camino hacia la total externalización de control de fronteras en el flanco sur de la UE. Como ya comenzó a hacer Estados Unidos décadas atrás, durante la última década, Bruselas ha incitado a sus Estados miembro a establecer acuerdos de control migratorio con terceros países de fuera de la Unión. Con este fin, en marzo de 2016 la UE firmó un acuerdo paradigmático con Turquía, que iba a definir el devenir de políticas migratorias de la Unión. Bruselas se comprometió con Ankara a un pago de hasta 6.000 millones de euros porque el Estado turco retuviese en sus fronteras a los migrantes procedentes de Siria, pero también de países como Afganistán, Somalia o la República Democrática del Congo.

Bruselas se comprometió con Ankara a un pago de hasta 6.000 millones de euros porque el Estado turco retuviese en sus fronteras a los migrantes procedentes de Siria, pero también de países como Afganistán, Somalia o la República Democrática del Congo

Para poner en contexto este acuerdo ha de recordarse que la propia UE paralizó la adhesión de Turquía a la Unión argumentando carencias en el respeto de los derechos humanos por parte de su régimen político. El acuerdo dio vía libre a este mismo Estado para que tome “todas las medidas necesarias para evitar que se abran nuevas rutas marítimas o terrestres de migración ilegal desde Turquía a la UE”. Además, como ratifica este acuerdo, todas las personas que lleguen irregularmente a las islas del Egeo en Grecia, incluidas las solicitantes de asilo, deben de ser devueltas a Turquía. El año 2016 marcó récord en cifras de personas muertas en las distintas rutas que unen el Mediterráneo con Europa: más de 3.800 personas perdieron la vida en las distintas travesías.

Tras el acuerdo, Grecia, bajo el gobierno de izquierdas de Syriza, introdujo políticas que obligaban a quienes entraban a través de sus islas a permanecer allí en campos de reclusión a la espera de una decisión sobre sus solicitudes de asilo o devolución a Turquía. Según datos de Amnistía Internacional y la Agencia para las Personas Refugiadas de la ONU (ACNUR) para el año 2021, Turquía retenía a más de 4 millones de personas refugiadas, entre las que 3,6 millones eran procedentes de Siria, más que de ningún otro país.

Pero éste no es el único foco migratorio que la UE ha tratado de sofocar mediante pago a terceros países durante esta década. Libia o Túnez también han sido sobornados con una lluvia de millones con tal de que controlen a las personas refugiadas procedentes del Sahel y la África subsahariana.

Turquía retenía a más de 4 millones de personas refugiadas, entre las que 3,6 millones eran procedentes de Siria

Desde 2017, la UE ha convertido Libia en uno de sus aliados privilegiados en la lucha contra la inmigración. Se han pagado cientos de millones de euros a las autoridades libias, en particular, para apoyar a sus guardacostas encargados de interceptar a los migrantes en el mar y obligarlos a regresar a Libia, donde son encarcelados en centros de detención. Pese a ello, la mortandad no se ha reducido en la ruta del mediterráneo central. Sólo en 2023, más de 2.500 personas murieron o desaparecieron intentando cruzar el mar por esta vía, la cifra más alta desde 2017.

La extrema violencia con la que actúan las autoridades libias ha hecho que Túnez se convierta en una ruta más atractiva y barata para los migrantes subsaharianos y del Sahel. Para frenar esta nueva ruta de acceso, la UE firmó en el 2023 un nuevo acuerdo con Túnez, para que retuviese a estos migrantes. Ese mismo año, según ACNUR, el 84% de los sudaneses que cruzaron el Mediterráneo hacia Italia embarcaron en Túnez. En 2022, el 98% lo hacía desde Libia.

Además de los países fronterizos del Mediterráneo, existe una competición interna por la propia asunción de responsabilidades de fronteras en el seno de la UE. Así, los países del centro y norte europeo presionan a los del sur para que actúen como barrera de la inmigración. Lo que lleva a que países del sur europeo sean los que por su propia voluntad establezcan acuerdos con terceros países para controlar las entradas en sus fronteras. Por ejemplo, el acuerdo entre el Estado español y Marruecos, por el que la monarquía marroquí controla los flujos migratorios a Ceuta, Melilla y el estrecho de Gibraltar. Pero también el más reciente pacto firmado por Italia y Albania, por el que el gobierno de extrema derecha de Giorgia Meloni y su homólogo albanés fijan que Italia financiará la construcción de centros de retención de migrantes en tierras albanesas para que pueda deportar allí sus migrantes indocumentados y solicitantes de asilo.

Pese a todo, la UE no se ha fortificado únicamente en base a la externalización de fronteras, sino que ha constituido también su propia fuerza paramilitar de control de migrantes: Frontex, la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas. Frontex comenzó a operar en 2005 con apenas 50 empleados, 6 millones de euros de presupuesto y funciones técnicas muy limitadas. Actualmente esta agencia actúa como cuerpo policial y militar en la devolución de migrantes, ya que se le ha legitimado incluso para que actúe en países de fuera de la UE. Las cifras muestran su constante crecimiento, contando a día de hoy con una plantilla de más de 2.100 trabajadores y un presupuesto de 845 millones de euros anuales^[7].



La UE no se ha fortificado únicamente en base a la externalización de fronteras, sino que ha constituido también su propia fuerza paramilitar de control de migrantes: Frontex

A pesar de todo el esfuerzo en control migratorio, la inmigración es fundamental para el normal funcionamiento de la economía de los 27 Estados miembros de la UE. Recordemos que, al inicio de la crisis de refugiados de 2014, la entonces cancillera alemana, Angela Merkel, apoyó y animó a estas refugiadas a instalarse dentro de sus fronteras. Gesto que fue entendido como muestra de solidaridad de la líder germana, pero que ocultaba algo más. Ya que la primera oleada de refugiados que salió de Siria se trató en su mayoría de hombres de mediana edad con estudios superiores, pero desesperados por huir por la situación de guerra que vivía su país. Por lo tanto, estos refugiados suponían un buen incentivo para la maquinaria industrial germana, que sus empresarios podrían emplear a coste salarial reducido y casi sin necesidad de formación. No paso lo mismo con la segunda oleada. Puesto que, cuando estas primeras personas refugiadas quisieron traer a sus familias, Alemania ya no se mostró tan receptiva al recibimiento.

Misma actitud podemos denotar en las palabras pronunciadas en agosto de este mismo año por el presidente español, Pedro Sánchez, que se refirió a la migración como «una necesidad que aporta beneficios». Lo hizo en el marco de un viaje institucional a Gambia, Senegal y Mauritania para cerrar acuerdos con estos países que mitiguen la llegada de migrantes irregulares a las costas de las islas de Canarias. Sánchez es consciente de que parte de los relativamente buenos datos de empleo de los últimos años depende de la inmigración. Debido a que la ocupación se ha incrementado en un millón de personas en los últimos dos años, de las cuales 350.000 son de nacionalidad española, 536.000 extranjeras, y el resto de nuevos ocupados son de doble nacionalidad.

No obstante, las diferencias salariales para estos distintos grupos de trabajadores siguen siendo grandes. Los ingresos salariales medios de los extranjeros procedentes de Latinoamérica son un 37% más bajos que los de los españoles, un 34% en el caso de los africanos y un 17% en el de los europeos. Además, las diferencias son mayores en el caso de las mujeres migrantes^[8]. Lo que hace que las tasas de exclusión social y pobreza sean mayores entre la población inmigrante y que su integración en el orden social sea todavía más compleja.

Este es el punto en el que nos encontramos, en una situación en la que los Estados europeos están necesitados de recibir mano de obra migrante para mantener distintos sectores económicos y sus partidas sociales, pero a la vez son incapaces de garantizar una integración plena de ésta en sus sociedades. Por ello, a la vez que se externalizan fronteras para controlar estos flujos a las capacidades reales de las economías europeas, en su interior se endurecen los códigos penales para criminalizar pequeños delitos, como pueden ser los pequeños hurtos en los supermercados. Italia, alumno aventajado en esta materia, quiere prohibir incluso que las personas inmigrantes indocumentadas puedan acceder a una tarjeta SIM de telefonía, una manera de mantenerlos aislados e incommunicados.

El control, la vigilancia y la expulsión de migrantes no es algo que surja con la irrupción de la extrema derecha, sino que es algo inherente al funcionamiento de los Estados capitalistas



CONCLUSIONES

Este análisis de las políticas migratorias de las dos principales potencias occidentales ha tratado de mostrar que el control, la vigilancia y la expulsión de migrantes no es algo que surja con la irrupción de la extrema derecha, sino que es algo inherente al funcionamiento de los Estados capitalistas y tiene mucho que ver con la coyuntura del ciclo económico.

Hasta ahora, las grandes políticas migratorias las han llevado a cabo las dos grandes familias políticas occidentales: socialdemócratas y conservadores. Estas políticas se han ajustado a la capacidad de integración y empleabilidad que tenían sus Estados en ese momento. El último ejemplo lo tenemos en Alemania, donde el gobierno formado por socialdemócratas, verdes y liberales acaba de devolver el tratado Schengen y devuelto el control a sus fronteras. Esto se ha realizado bajo el pretexto de frenar ataques terroristas, pero también en medio de la peor crisis económica vivida por el país germano desde su reunificación.

El problema de la extrema derecha no radica en que frene la entrada de migrantes; ninguna economía capitalista puede soportar tal disparate. Más bien nos debería preocupar la coerción que podrán realizar en las vías de entrada y las leyes represivas internas que afectarán tanto al proletariado migrante como al que ya residía aquí. Además, el discurso racista se está naturalizando por la batalla cultural que presenta la extrema derecha. En estos puntos radica el verdadero riesgo del ascenso de estos partidos abiertamente xenófobos. Sin embargo, las puertas del jardín, que decía Josep Borrell, no siempre han estado abiertas ni mucho menos. Pero para quien vive en el infierno, el jardín, aunque marchito, sigue siendo jardín y seguirá intentando acceder al mismo por todos los medios posibles. Es cuestión nuestra propagar una concepción del proletariado como clase internacional, ajena a fronteras, muros y vallas. ●

REFERENCIAS

- [1]** Jenkins, Philip (2019): *Breve historia de los Estados Unidos*, Alianza Editorial, Madrid.
- [2]** Paris Pombo, María Dolores (2022): “Externalización de las fronteras y bloqueo de los solicitantes de asilo en el norte de México”, *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 30 (64), 101-116.
- [3]** Gee, Lisa Christensen; Gardner, Matthew; Hill, Misha E. y Wiehe, Meg (2017): “Undocumented Immigrants’ State & Local Tax Contributions”, *Institute on Taxation & Economic Policy*.
- [4]** Sigmon, Eric (2024): “De la campaña a la práctica: síntesis de la política de inmigración del presidente Biden”, *Real Instituto Elcano*.
- [5]** Potro, Lucas (2023): “La Europa de los muros”, *El Confidencial*.
- [6]** Barbero, Iker y Donadio, Giacomo (2019): “La externalización interna de las fronteras en el control migratorio en la UE”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, 122, 137-162.
- [7]** González-Páramo, Ana (2021): “Frontex, la cara oscura de la Unión Europea”, *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global*, 155, 67-78.
- [8]** González Enríquez, Carmen (2024): “Inmigración, trabajo, productividad y desigualdad en España”, *Real Instituto Elcano*.

EL MITO DEL INMIGRANTE Y EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO





Texto — **Pablo C. Ruiz**

Imagen — **Elene Uribarri**

Toda comunidad se alimenta de mitos. Los mitos son relatos, narraciones que le dictan a uno el lugar que ocupa en el mundo, el sentido de su vida, de su misión en la historia. En cualquier narración, los distintos personajes se presentan como amigos, compatriotas, camaradas, pero también como competidores, antagonistas o enemigos. La sociedad burguesa no es una excepción. Constantemente produce superestructuras ideológicas que, ocultando la relación de clase que mina sus fundamentos, velan por el mantenimiento de un orden en declive histórico. Si la burguesía no puede suprimir los conflictos inherentes a su modo de producción, sí puede, en cambio, redirigirlos y transformarlos. En ello reside precisamente una clave de su forma de dominio: desplazar el conflicto de clase que amenaza su modelo civilizatorio hacia el conflicto entre la comunidad ilusoria de la nación y una serie de enemigos internos y externos. La sociedad burguesa produce un relato de sí misma en el que el inmigrante juega un papel de protagonismo creciente.



DESMONTANDO LA IDEOLOGÍA RACISTA

La xenofobia y el racismo no son idénticos, pero difícilmente pueden comprenderse por separado. La mayoría de las veces solapados en un único dispositivo de discriminación, xenofobia y racismo sirven de cobertura ideológica para una forma de comunidad excluyente, jerárquica y autoritaria. El racismo y la xenofobia son sesgos que ponen en acción estructuras sociales de poder que están inscritas en la práctica cotidiana de la sociedad capitalista. En el plano más puramente ideológico, sirven para identificar como chivo expiatorio un “otro” extraño y corruptor que, sobre el fundamento de prejuicios arraigados y buenas dosis de manipulación mediática, explica por qué las cosas no van como se supone que deberían ir. La comunidad no prospera ni progresa, porque las perturbaciones causadas por ese “otro” se lo impiden. Este último se convierte en la fuente de los problemas, el inmigrante pasa a personificar todos los males. En el contexto de un presunto “choque de civilizaciones” –o, en el mejor de los casos, de una diferencia insalvable entre el “primer” y el “tercer” mundo– se nos habla de culturas que poseen un carácter esencialmente violento, incivilizado y retrógrado. Los resultados de este discurso son fundamentalmente dos: que el cuestionamiento del modelo capitalista de sociedad pasa a un segundo o tercer plano, y que se allana el camino para la degradación de las condiciones de vida y las libertades políticas de amplias capas de la clase trabajadora.

El racismo y la xenofobia se difunden algunas veces con una cierta moderación. Es el caso de quienes defienden la tesis de “*not all immigrants*”. Según la opinión de los racistas moderados, existiría una migración respetable y otra dañina. Existiría un migrante trabajador y productivo, dispuesto a “integrarse” y a respetar las reglas cívicas y culturales de la población autóctona. Este inmigrante es merecedor de derechos básicos. Al anterior se le contraponen un inmigrante conflictivo, cuya voluntad es aprovecharse de nuestro sistema de subvenciones y servicios públicos, predispuesto a recluirse en ghettos en los que reproducir las costumbres arcaicas de sus países de procedencia. Este segundo inmigrante merece exclusión, desamparo jurídico o directamente la deportación. Como individuo potencialmente incivilizado, el inmigrante –*cualquier* inmigrante– está sujeto al escrutinio permanente de la población autóctona, que lo somete a una vigilancia que lo disciplina y reprime. Le obliga a comportarse *mejor que el resto* para ser recompensado con un *trato igual*.

El migrante tiene que ganarse el derecho a ser considerado, no ya ciudadano, sino un ser humano como los demás. Se le exige una ejemplaridad excepcional. Entre las razones por las que los migrantes en situación irregular tienen derecho a papeles, la Proposición de Ley para una regularización extraordinaria para personas extranjeras en España incluye la siguiente: “Cada una de estas razones ha multiplicado su relevancia durante los meses de la pandemia, donde las comunidades de migrantes en situación irregular han dado la cara por la sociedad en sectores imprescindibles como el de los cuidados, el reparto a domicilio o la recogida de fruta y verdura. Con ello pagaron un altísimo precio en forma de contagios y muertes. Nuestra sociedad tiene una deuda de gratitud con uno de sus colectivos más vulnerabilizados”^[9]. Por lo visto, hay quienes tienen que pagar un precio especial para costearse el derecho a ejercer las funciones de cualquier ciudadano. Se ve claramente cómo la distinción entre buen y mal migrante esconde esta otra: la que existe entre la población autóctona y los inmigrantes como un todo.

El racismo con el que se juzga a los inmigrantes se sostiene sobre un ejercicio continuado de *cherry picking* o “falacia de prueba incompleta”. Consiste en citar los casos o datos aislados que parecen confirmar una hipótesis, dejando deliberadamente de lado aquellos que la contradicen. Los discursos racistas utilizan constantemente esta falacia. En los casos de presuntos crímenes o delitos, seleccionan como característico del sujeto infractor su etnia, nacionalidad o procedencia, pero no alguno de los demás factores presentes (su nivel de exclusión social, su edad, su género, sus aficiones, el color de su ropa o la longitud de su pelo). Se infiere arbitrariamente que la *causa* del comportamiento delictivo es algún factor asociado a su procedencia. Del mismo modo, se utilizan casos individuales en los que el infractor o el responsable es extranjero para extraer conclusiones generales, señalando a toda la una etnia o a los extranjeros en su conjunto. Pero nada indica que la causa de su comportamiento sea la pertenencia a dicha comunidad, igual que el cabello rubio de un asesino en serie no aporta ninguna información sobre los rubios en general. Esa inducción es, evidentemente, completamente ilícita. Y la realidad es, por cierto, que en el Estado español sólo el 2% de los extranjeros cometen delitos.

También es cierto que al racista poco le importan los datos, los hechos y la razón que los comprende. Sólo busca confirmar un sesgo que asume acríticamente de antemano. Necesita calmar el miedo, su sensación de inseguridad y desorden. Y la clase dominante ofrece un remedio, diseñando un marco ideológico en el que los desposeídos de distintas categorías compiten por una suma de bienes aparentemente escasos. Uno es la “seguridad”, cuyo mantenimiento unos ejercen y otros padecen. Otro es la riqueza y el bienestar en general. Su oferta costosa y su demanda cada vez más alta. Debemos decidir cómo *distribuirlos* entre la población. Cuanta mayor sea el número de quienes participan de esa riqueza limitada, menos le corresponderá a cada uno. La conclusión aparentemente lógica consiste en privilegiar a los que de antemano ya participan en el reparto del botín, que son, naturalmente, “los de aquí”.

Que el racismo contra la población migrante sea una de las principales armas con las que la clase dominante ataca, divide y somete a los explotados debería bastar para que su rechazo fuese claro, directo y contundente. Por desgracia, la realidad es otra. En parte por su incapacidad para ofrecer un proyecto revolucionario y transformador, en parte para competir con un proyecto conservador y reaccionario en auge, el racismo de izquierdas está protagonizando un crecimiento preocupante y peligroso. El argumento, esgrimido, entre otros, por personalidades como la alemana Sahra Wagenknecht, se presenta en esta ocasión con un barniz más técnico que abiertamente racista: la demanda de bienes de subsistencia por parte de población migrante supera la capacidad que los países occidentales –en su caso Alemania– poseen para satisfacerlos. No es odio, no es racismo. Es una cuestión de “inputs y outputs”.



[...] se nos habla de culturas que poseen un carácter esencialmente violento, incivilizado y retrógrado. Los resultados de este discurso son fundamentalmente dos: que el cuestionamiento del modelo capitalista de sociedad pasa a un segundo o tercer plano, y que se allana el camino para la degradación de las condiciones de vida y las libertades políticas de amplias capas de la clase trabajadora



Este argumento, cuyos defensores pueblan también las filas de la izquierda española y vasca, es falso en todas sus premisas. La primera y más general de todas ellas: la inmutabilidad del modo de producción capitalista. El capitalismo produce un exceso de necesidades en relación con las que puede satisfacer. Acumula, según la teoría de Marx, riqueza y capital en un polo, y miseria, proletarización y explotación en el otro. Es cierto, por tanto, que en el capitalismo la riqueza de los desposeídos es limitada en relación con sus necesidades. Pero este es un asunto de organización social, no un límite natural o demográfico insuperable. Es precisamente el capitalismo el que produce escasez para la mayoría proletaria, escasez que cesaría tan pronto como se pusiesen los instrumentos de producción al servicio de una asociación en la que “el libre desarrollo de cada uno coincide con el libre desarrollo de todos”^[2]. Pero eso pasa por la expropiación de los capitalistas. Y los capitalistas, claro está, no están por la labor. La xenofobia es un recurso para quitarse la responsabilidad de encima y cargar el peso de su incapacidad para mantener un orden social armónico en las espaldas de otro. Concretamente, de la parte más explotada, empobrecida y humillada del conjunto de quienes le sirven de fuerza de trabajo. Y una parte de las izquierdas de todo el mundo les baila el agua a nuestros opresores, facilitándoles su labor de dominación y explotación.

Pero incluso aceptando esta premisa falsa, que naturaliza y da por bueno el modo capitalista de producción, el sesgo racista del argumento sigue siendo evidente. Los recursos son limitados, escasos, y no hay suficiente para todos: ¿qué es lo que otorga prioridad a los autóctonos, locales, nacionales, frente a los extranjeros, “los de fuera”? No hay manera de sostener esta posición sin remitirse a un criterio racista, completamente injustificado desde la perspectiva de que “la demanda supera a la capacidad”. Este es un racismo hipócrita, que no se atreve a reconocer que lo es. En su versión más rigurosa, el racismo suele apelar a una diferencia biológica o a una diferencia cultural muy pronunciada entre miembros de la misma especie. Una diferencia que, por ser tan profunda, imposibilita el entendimiento común, la comunidad entre iguales, pues entre razas objetivamente desiguales sólo cabe un trato desigual.

Para un marxista, el racismo sólo tiene sentido entendido como barniz ideológico de una relación de dominación. Más concretamente, como el dispositivo que racionaliza el sometimiento secular de las naciones de la periferia, que hoy se sigue reproduciendo bajo nuevas formas. La superioridad de clase se hace valer a través del estigma etnicista. La matriz de xenofobia y racismo es el sometimiento de clase; la discriminación xenófoba y la discriminación racial son siempre, de manera más o menos directa, discriminación hacia los pobres.

UNOS COMENTARIOS DESDE EL MARXISMO

El capitalismo tiende a crear una comunidad mundial única en la que los rastros de la tradición, de los orígenes remotos de las culturas, se pierden objetivamente en una nueva sociedad internacional. Las comunidades nacionales, recíprocamente aisladas, se van diluyendo por la coerción de los procesos económicos impersonales desarrollados a escala global. La migración es un efecto de estos procesos y, al mismo tiempo, contribuye constantemente a su acentuación. En cierto sentido, es cierto que corrompe la cultura nacional. Nada mejor que las famosas líneas del *Manifiesto del Partido Comunista* para explicar esta cuestión:

“Se ha reprochado también a los comunistas el querer suprimir la patria, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Sigue siendo nacional el proletariado en la medida en que ha de conquistar primero la hegemonía política, en que ha de elevarse a clase nacional, en que ha de constituirse a sí mismo en nación, pero de ningún modo en el sentido de la burguesía.

Los particularismos nacionales y los antagonismos de los pueblos desaparecen cada día más, simplemente con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las formas de vida que a ella corresponden.

El dominio del proletariado va a hacerlos desaparecer más todavía.”^[3]

Bajo las condiciones del capitalismo globalizado contemporáneo, la separación del proletariado en una “aristocracia” y una “plebe” toma tendencialmente, [...] la forma de separación entre proletariado nativo occidental y proletariado migrante de la periferia

Llevándolo al fenómeno de la migración, Lenin defiende esa misma tesis:

“Sólo los reaccionarios pueden cerrar los ojos ante la significación progresista de esta moderna migración de los pueblos. Es imposible la emancipación del yugo del capital sin el posterior desarrollo del capitalismo y sin la lucha de clases que es su consecuencia. Y a esta lucha incorpora el capitalismo las masas trabajadoras de todo el mundo, quebrando los hábitos atrasados y rudos de la vida local, quebrando las barreras y los prejuicios nacionales, uniendo a los obreros de todos los países en grandes fábricas y minas de Norteamérica, Alemania, etc.”^[4]

La completa con el ejemplo de Estados Unidos:

“Podemos hacernos una idea aproximada de la magnitud del proceso de asimilación de las naciones, en las circunstancias actuales del capitalismo avanzado, por los datos que arroja, verbigracia, la emigración a los Estados Unidos de Norteamérica. En los diez años comprendidos entre 1891 y 1900, de Europa salieron para aquel país 3.700.000 personas. El censo de 1900 registró en los Estados Unidos más de diez millones de extranjeros. El Estado de Nueva York, donde, según ese mismo censo, había más de 78.000 austriacos, 136.000 ingleses, 20.000 franceses, 480.000 alemanes, 37.000 húngaros, 425.000 irlandeses, 182.000 italianos, 70.000 polacos, 166.000 procedentes de Rusia (en su mayoría hebreos), 43.000 suecos, etc., parece un molino que va triturando las diferencias nacionales. Y lo que ocurre en Nueva York a escala inmensa, internacional, ocurre también en cada gran ciudad o poblado fabril.

Quien no esté lleno de prejuicios nacionalistas no podrá menos de ver en este proceso de asimilación de las naciones por el capitalismo un grandioso progreso histórico.”^[5]

Según sostiene el marxismo, las migraciones de trabajadores son parte del proceso de conformación de una sociedad global, base material de la sociedad comunista. Es la burguesía la que convierte al inmigrante en extranjero, pues es ella la que presupone una comunidad nacional en la que ni caben ni pueden caber todos: está diseñada para el beneficio de una minoría. El proletario, en cambio, se define originalmente por su carácter antinacional. Su condición se observa más bien por contraste: desprovisto de derechos económicos y políticos, es lo que queda excluido de la nación oficial. Los suburbios de todas las grandes ciudades albergan una comunidad que es directamente internacional, y por eso, en cierto sentido, también antinacional. En ellos, los pobres de distintos países conviven unidos exclusivamente por el vínculo de la desposesión. La variedad de idiomas, tonos de piel o expresiones étnicas que uno puede encontrarse en los barrios periféricos de muchas ciudades hacen que uno realmente no sepa en qué país está.

Es más. Bajo las condiciones del capitalismo globalizado contemporáneo, la separación del proletariado en una “aristocracia” y una “plebe” toma tendencialmente, al menos en ciertas partes del globo, la forma de separación entre proletariado nativo occidental y proletariado migrante de la periferia. Segrega la clase trabajadora en categorías inferiores y superiores, produciendo sectores económica, política y simbólicamente integrados en los aparatos del Estado y otros que no lo están. La población migrante entra, por lo general, directamente en las filas del segundo grupo. Desde el punto de vista de este contraste, los derechos y la estima social de los primeros se convierten en privilegios, porque son simultáneamente una forma de excluir, estigmatizar y disciplinar a los segundos. El racismo se solapa en muchas ocasiones con el rechazo a los pobres de toda la vida.



El fundamento de su vida en común sólo puede ser lo que este tiene de hecho en común con los demás: ser copartícipes de un mismo proceso de producción de la vida material, que directa o indirectamente involucra a todos los miembros de la especie. Sobre este suelo se edifica el internacionalismo proletario, que es una suerte de humanismo proletario y consciente

Este mecanismo de integración parcial de la clase trabajadora viene practicándose desde hace más de un siglo. La burguesía comprendió –o se vio obligada a actuar como si comprendiera– que era más funcional a su dominio una clase obrera dividida en la que una parte era integrada en la nación, en la comunidad ilusoria de la clase dominante. El caso de Gran Bretaña es, en este sentido, paradigmático: “Las élites británicas consiguieron que cada vez más miembros de la clase obrera se incorporasen a la nación imaginada como ciudadanos activos del régimen político. [...] Esta serie de reformas emprendida por las élites se acompañó de un proceso, lento pero seguro, en el que los trabajadores a los que se les concedieron esos privilegios comenzaron a imbuirse en la idea de la nación británica respaldada por la noción de un único pueblo unido por la raza y la religión”^[6].

Como hemos visto, los representantes políticos de la aristocracia de los trabajadores oscilan entre dos extremos de un mismo marco cuando se posicionan frente al proletariado migrante. Uno es el del humanitarismo compasivo, condescendiente, que toma al proletariado migrante como un sufriente *menor de edad*, al que como mucho trata de compensar con algunas medidas de alivio. Sin embargo, por lo general muestra más bien desinterés. Su público, o sea, su target electoral, es otro. Pero es este mismo sector social el que, en momentos de crisis, ve peligrar su posición de relativa comodidad. Y es entonces cuando empieza a detectar amenazas. Sus ilusiones democráticas se transforman en resignación, sus esperanzas en miedos. Su posición oscila y pasa a querer blindarse ante las amenazas, encarnadas casi siempre en la figura de minorías y otros proletarios. Aquí se sitúa el mencionado “racismo de izquierdas”. El humanitarismo y el racismo de corte socialdemócrata responden a un mismo marco, en el que los migrantes son siempre un “otro” –al que *ayudar* o *castigar*, *tutelar* o *deportar*–, pero nunca parte del “nosotros”. Esta división interna del proletariado, convenientemente mantenida por los políticos reformistas, es el secreto de la dominación burguesa.

Merece la pena citar extensamente este otro fragmento, esta vez de Marx:

“El trabajador inglés común odia al trabajador irlandés como competidor que reduce el nivel de vida. Se siente hacia él como un miembro de la nación dominante y por lo tanto se convierte a sí mismo en la herramienta de sus aristócratas y capitalistas contra Irlanda, y fortalece así el dominio de aquellos sobre él. Tiene prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra él [trabajador irlandés]. Se comporta con él como el blanco pobre con los negros de las antiguas haciendas de esclavos de la Unión Americana. El irlandés le paga con la misma moneda. Ve en el trabajador inglés tanto un cómplice como al estúpido instrumento del dominio inglés en Irlanda. Este antagonismo se mantiene artificialmente despierto y se ve acentuado por la prensa, el púlpito, las revistas cómicas, o sea, por todos los medios a disposición de las clases dominantes. Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa, a pesar de su organización. Es el secreto por el cual la clase capitalista mantiene su poder.”^[7]

La comunidad ilusoria de la nación, que integra a propietarios y una parte del proletariado en un único proyecto interclasista, es “falsa”, igual que es falsa una casa de cartón piedra. Pero eso no significa que no exista. La comunidad de propietarios y desposeídos alrededor de un único proyecto nacional, a pesar de la crisis que amenaza con disolverla en la guerra civil y la barbarie, no sólo existe, sino que domina el panorama de la política de todos los países. Las diferencias, jerarquías y divisiones en el seno del proletariado existen, son reales. Pero esta separación entre una aristocracia y una plebe del trabajo, aunque propicia que la primera ostente una posición comparativamente más favorable que la de la segunda, dificulta la conservación –y no hablemos ya de la mejora– de las condiciones de vida de la clase trabajadora en su conjunto. De lo que se trata precisamente es de superarlas en la práctica: que la comunidad internacionalista, la única verdadera comunidad, exista también en los hechos.



Cualquiera sea el país en que se encuentre un obrero con conciencia de clase, cualquiera sea la suerte que el destino le depare, por mucho que pueda sentirse un extraño, sin idioma, sin amigos, lejos de su país natal, puede encontrar camaradas y amigos con el familiar estribillo de La Internacional

SOBRE EL INTERNACIONALISMO

Los textos de Marx insisten en una idea: “la emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos, sin distinción de sexo o raza”^[8]. Es un aspecto central de toda su teoría la tesis de que todos los seres humanos, en virtud de su pertenencia a una misma especie, están en una relación de estricta *igualdad*. Pero el capitalismo segrega a los individuos de una misma especie en *clases*. La estructura de clases, a su vez, refuerza y reproduce otro tipo de diferencias y jerarquías. La supresión del capitalismo conduce no sólo a la disolución de las clases, sino a la de todas las jerarquías que des-cansan sobre la división de clases.

La igualdad que está a la base del internacionalismo no es la que se da entre individuos abstractos ante la ley, como en la doctrina liberal. Tampoco la igualdad de propietarios de mercancías equivalentes, como la que existe en el mercado. La igualdad que defiende el marxismo consiste en el igual derecho de todos los integrantes de la comunidad a ejercer el gobierno, independientemente de su origen, su etnia, su religión, su sexo, su riqueza individual o su lengua. Lo que cada individuo humano es en sí mismo, por separado, sólo puede llegar a serlo gracias a una relación el resto. El *fundamento* de su vida en común sólo puede ser lo que este tiene de hecho en común con los demás: ser copartícipes de un mismo proceso de producción de la vida ma-

terial, que directa o indirectamente involucra a todos los miembros de la especie. Sobre este suelo se edifica el internacionalismo proletario, que es una suerte de humanismo proletario y consciente. Es evidente, además, el vínculo con los principios de la democracia, en su acepción revolucionaria original: “Democracia implica igualdad. Se comprende la gran importancia que encierra la lucha del proletariado por la igualdad y la consigna de la igualdad, si esta se interpreta exactamente, en el sentido de la destrucción de las *clases*”^[9].

La conquista de la igualdad de los seres humanos implica la supresión de las clases, la igualdad social de todos los individuos. Esto, pasa, a su vez, por la igualdad dentro de la clase llamada a subvertir la sociedad de clases, esto es, la igualdad de “aristocracia” y “plebe” dentro del proletariado, que pasa por subordinar políticamente la primera a la segunda. Como parte de este último propósito, se incluye también la superación de la desigualdad entre el proletario de la nación imperialista y el proletario de la nación periférica, entre el proletario con derechos y el proletario sin derechos, el proletario acomodado y el proletario marginalizado. Todos estos eslabones están unidos en un proceso único de autoorganización política del proletariado como clase, de extensión de su conciencia y asimilación de los objetivos del socialismo. Pues sólo sobre la base de la conciencia y el programa del socialismo, y no de la lucha por intereses económicos sectoriales e inmediatos, pueden superarse todas estas diferencias.

En este proceso la igualdad no es sólo la parada de destino, sino algo que debe estar presente también en el trayecto. La lucha contra toda forma de discriminación, gremialismo, nacionalismo y corporativismo caracterizó a todos los verdaderos socialistas. Sirva de ejemplo esta otra declaración de Lenin:

“Unas palabras sobre la resolución acerca de la emigración y la inmigración. También en este caso hubo en la comisión un intento de defender estrechas concepciones gremiales, de sacar adelante la prohibición de inmigración de obreros de los países atrasados (los coolies de China, etc.). Se trata de ese mismo espíritu aristocrático difundido entre los proletarios de algunos países “civilizados” que obtienen ciertas ventajas de su situación privilegiada y tienden por ello a olvidar las demandas de la solidaridad internacional de clase”.

Se entiende entonces por qué la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes para desnaturalizar ideologías plenamente incrustadas en la práctica cotidiana de miles de millones de personas. Es necesaria, además, la experiencia viva de la práctica, la solidaridad internacionalista activa. Sólo la acción conjunta de los proletarios de distintas naciones demuestra en los hechos la ficción de que los extranjeros y los nacionales son enemigos. Sólo esta acción demuestra que las diferencias étnicas, culturales, religiosas o idiomáticas entre proletarios son ridículas en comparación con el antagonismo radical que enfrenta a todos ellos con la clase dominante. La ideología xenófoba y racista sólo puede combatirse mediante la *lucha*, pues sólo la lucha demuestra que la unidad desprejuiciada es más poderosa que la enemistad y la división. Si los intereses de sus miembros no son excluyentes, sino comunes, el objetivo final de uno no puede estar en conflicto con el del otro. La gran iniciativa que los une es la de convertirse en dueños del poder político y suprimir con él el régimen salarial, que condena a miembros de una misma clase a competir como enemigos.

Todo lo anterior está sencillamente resumido por Lenin en estas líneas: “Cualquiera sea el país en que se encuentre un obrero con conciencia de clase, cualquiera sea la suerte que el destino le depare, por mucho que pueda sentirse un extraño, sin idioma, sin amigos, lejos de su país natal, puede encontrar camaradas y amigos con el familiar estribillo de *La Internacional*”^[10].

REFERENCIAS

- [1] Proposición de Ley para una regularización extraordinaria para personas extranjeras en España (corresponde al número de expediente 120/000026 de la XIV Legislatura).
- [2] Marx, K., Engels, F., “Manifiesto del Partido Comunista”, *Marxists.org*, 1848.
- [3] *Idem*.
- [4] Lenin, V., “El capitalismo y la inmigración de los obreros”, *Marxists.org*, 1913.
- [5] Lenin, V., “Notas críticas sobre el problema nacional”, *Marxists.org*
- [6] Virdee, Satnam, *Racismo, clase y el paria racializado. Irlandeses, judíos, asiáticos y negros en la clase obrera británica*, Katakak Liburuak, 2021, p. 23.
- [7] Marx, K., “Carta a Sigfrid Meyer y August Vogt”, *Marxists.org*, 1870.
- [8] Marx, Karl, “The Programme of the Parti Ouvrier”, *Marxists.org*, 1880.
- [9] Lenin, V., “El estado y la revolución”, *Marxists.org*, 1917.
- [10] Lenin, V., “Eugene Pottier”, *Marxists.org*, 1913.

HISTORIA
REPORTAJE

Evolución histórica de las migraciones

*

Marina Segovia



Si bien a lo largo de la historia los desplazamientos migratorios han sido un fenómeno habitual, fue a comienzos del siglo XIX cuando, con el auge de la industrialización y el desarrollo capitalista, se produjeron migraciones masivas de proletarios. Desde su génesis, con la expulsión violenta del campesinado ligado a la tierra y al artesanado, las fuerzas del capital han generado una clase social desarraigada, carente de hogar y obligada, por su condición de asalariada, a desplazarse allí donde se requiere su fuerza de trabajo.



Para rastrear el origen de las oleadas migratorias de los siglos XIX y XX habría que retrotraerse al periodo de transición del sistema feudal al capitalismo, en el que tuvo lugar el proceso de acumulación originaria a través del cual grandes masas de población fueron despojadas repentinamente y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas al mercado de trabajo como proletarios libres y desheredados. En palabras de Marx, “estos trabajadores recién emancipados sólo pueden convertirse en vendedores de sí mismos, una vez que se vean despojados de todos sus medios de producción y de todas las garantías de vida que las viejas instituciones feudales les aseguraban. Y esta expropiación queda inscrita en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego.”^[1]

La desarticulación de los gremios y la proletarianización de los jornaleros procedentes del campo convivieron con la tradicional inestabilidad de los trabajos agrícolas. En este contexto de inseguridad laboral, figuras presentes en las economías preindustriales europeas, como la del artesano ambulante que recurría al trabajo migratorio y se pluriempleaba, se hicieron cada vez más habituales. Como afirmaba Eric Hobsbawm en su *Era del Capital*: “si hubo un factor que determinó la vida de los obreros del siglo XIX ese fue la inseguridad”^[2].

Desde sus inicios, la movilidad de la fuerza de trabajo, preferentemente barata, ha sido crucial para la expansión capitalista, aspecto señalado por Lenin: “El capitalismo crea forzosamente la movilidad de la población, que no se requería con los sistemas anteriores de economía social y era imposible en ellas en proporciones más o menos grandes”^[3]. Para la crítica marxista de la economía política, las migraciones masivas, esencialmente forzadas, constituyen parte del proceso de formación del modo de producción capitalista. A su vez, es importante señalar que la división internacional del trabajo y las relaciones de dominación capitalistas actuales tienen su precedente histórico en la consolidación de las potencias económicas occidentales que generaron su acumulación originaria y emprendieron su industrialización mediante procesos de colonización e imperialismo que incluyeron las migraciones económicas forzadas y el tráfico de esclavos. El saqueo de materias primas y metales preciosos, que siguió al exterminio de gran parte de la población originaria de las colonias, hizo necesaria la importación de mano de obra esclava a gran escala. Entre los siglos XVI-XIX, se estima que en torno a 10 y 20 millones de personas fueron trasladadas desde África a América como mano de obra esclava. Al mismo tiempo, las clases dirigentes, temerosas ante la conformación de una clase proletaria cada vez más numerosa y el incremento de los estallidos revolucionarios, incentivaron las migraciones europeas hacia las colonias. Los análisis de Marx en torno a la migración forzosa muestran cómo ya desde las etapas más tempranas de desarrollo capitalista los trabajadores del centro imperialista se vieron expulsados del mercado de trabajo a causa de la maquinización del proceso de producción. Por tanto, el desarrollo industrial y la acumulación capitalista precisaron de la creación de masas de obreros sobrantes, generando una amplia superpoblación.



Es importante señalar que la división internacional del trabajo y las relaciones de dominación capitalistas actuales tienen su precedente histórico en la consolidación de las potencias económicas occidentales que generaron su acumulación originaria y emprendieron su industrialización mediante procesos de colonización e imperialismo que incluyeron las migraciones económicas forzosas y el tráfico de esclavos

Entre las diversas formas de movimiento espacial de la fuerza de trabajo destacaron dos variantes: las migraciones internas e internacionales. Estos fenómenos se diferencian únicamente por la delimitación de las fronteras de los estados nacionales que el Capital crea para impulsar su desarrollo. La forma de migración más simple englobaba los desplazamientos del campo a la ciudad, motivados por la privatización y expropiación de las tierras comunales, el desarrollo industrial y las oportunidades laborales que ofrecía la ciudad. La acelerada acumulación capitalista y un dinámico crecimiento del tejido industrial convirtieron a las grandes ciudades portuarias y a las cuencas mineras en focos receptores de inmigración. Inicialmente predominó una modalidad de migración estacional. En épocas de carestía, los jornaleros desprovistos de tierras se desplazaban a las zonas mineras durante los periodos de descanso agrícola. Marx consideraba a esta “población nómada” de origen rural que se desplazaba en busca de trabajo y se empleaba indistintamente en la construcción o el tendido de vías de ferrocarril como el sector de los trabajadores más precario. Las mujeres del mundo rural también se trasladaban en solitario hacia las capitales de provincia, donde pasaban a formar parte del servicio doméstico. Posteriormente, las migraciones hacia las conurbaciones urbanas se diversificaron, dando lugar a una enorme variedad de tipologías, entre las que destaca la preeminencia del modelo de migración en familia. Habitualmente se desplazaba un único miembro de la familia, que, una vez instalado, trasladaba al resto. Las ciudades receptoras se saturaron de barriadas obreras, que, alejadas de los ensanches y espacios urbanos ocupados por la burguesía, se prolongaban alternados con industrias. El ferrocarril permitía el desplazamiento de trabajadores y mercancía, lo cual facilitaba los movimientos del campo hacia la ciudad.

Durante esta primera fase de la industrialización temprana, en la que los jornaleros desplazados por las reformas agrarias se trasladaron hasta los centros industriales europeos, predominaron las distancias cortas. Por ejemplo, en 1851, la localidad algodonera de Preston, situada en Lancashire (Inglaterra), arrojaba unos datos muy significativos que pueden extrapolarse a otras regiones manufactureras. Cerca de más de la mitad de la población eran inmigrante, y alrededor del 40% provenía de un radio de apenas 18 kilómetros, mientras que únicamente un 30% de los inmigrantes se había desplazado más de 45 kilómetros. Tan solo un 14%

de los foráneos eran de origen irlandés y habían llegado a la localidad como consecuencia de la oleada migratoria de 1840¹⁴¹. La cercanía a la localidad de origen permitía a los trabajadores eventuales trabajar como braceros durante la cosecha y la siembra, mantenía las relaciones comunitarias y dejaba abierta la posibilidad de volver.

Dentro de la segunda tipología, pueden diferenciarse los movimientos migratorios entre países vecinos y las grandes migraciones transatlánticas, que se sumaron a los tradicionales movimientos entre metrópoli y colonias. Cuantificar con precisión las dinámicas demográficas y los flujos migratorios en fechas tan tempranas resulta complejo. La estadística, que nació como un instrumento al servicio de las clases dominantes que permitía establecer un control más exhaustivo de la población, es una ciencia relativamente moderna. A mediados del siglo XVIII, junto con el nacimiento del Estado moderno y el desarrollo capitalista, las herramientas estadísticas y la organización de la población en censos permitieron a los gobiernos conocer, contar y registrar cada vez con mayor exactitud el número de habitantes, su sexo, edad, estado de salud y ocupación. Esta práctica resultaba útil para conocer el número de hombres en edad militar y los recursos demográficos con los que contaba cada país, pero habría que esperar hasta bien entrado el siglo XIX para que los países europeos establecieran un control sistemático de la población y su movilidad. Por tanto, las cifras oscilan dependiendo de las fuentes consultadas, aunque, a grandes rasgos, dentro de las migraciones masivas europeas se distinguen dos oleadas: la primera, a inicios del siglo XIX, cuando entre 1820 y 1920, en torno a 60 millones de europeos emigraron hacia América del Norte, y una segunda oleada, después de la Segunda Guerra Mundial.

Los principales países de destino, caracterizados por la abundancia de recursos naturales y la escasez de mano de obra, no solo no pusieron trabas legales a la llegada de trabajadores extranjeros, sino que facilitaron la inmigración de fuerza de trabajo europea

La primera oleada, denominada por algunos historiadores como la época de las grandes migraciones internacionales, llegó a alcanzar en algunos países receptores tasas de inmigración del 10 al 20 por mil habitantes, superiores a las actuales. En 1880, la cifra de emigrantes europeos hacia Norteamérica sobrepasaría por primera vez la de los esclavos africanos. El periodo de mayor volumen migratorio corresponde al periodo comprendido entre 1870 y 1913. La mayor parte de los emigrantes procedían de las Islas Británicas (15 millones), Italia (10 millones), Alemania (5 millones) y España (5 millones), teniendo como principal destino Estados Unidos, Argentina, Canadá, Brasil y Cuba. La emigración afectó de forma desigual a las distintas potencias del centro imperialista, en las que encontramos grandes diferencias tanto en la tasa de emigración como en la elección de destinos. Los principales países de destino, caracterizados por la abundancia de recursos naturales y la escasez de mano de obra, no solo no pusieron trabas legales a la llegada de trabajadores extranjeros, sino que facilitaron la inmigración de fuerza de trabajo europea. La abolición de la esclavitud en colonias como Brasil hizo peligrar la explotación del café que sustentaba la riqueza de los terratenientes y la estabilidad económica del país. Como reacción, se emprendieron ambiciosas políticas de atracción de inmigrantes que incluían el transporte e incluso la estancia de familias europeas durante un periodo de cinco años.

Por lo general, irlandeses, británicos y escandinavos optaron por emigrar hacia Estados Unidos. En el caso español, la mayor parte de los migrantes se dirigió hacia el sur de América. En el caso de la emigración italiana, puede observarse un cambio de tendencia, ya que inicialmente se orientó hacia América Latina, siendo Brasil y Argentina los principales destinos. Esta tendencia se invirtió entre 1901 y 1915, cuando EEUU se convirtió en el principal receptor de emigración italiana transoceánica.

Desde Irlanda, a causa de la gran hambruna que tuvo lugar entre 1845 y 1851, se embarcaron más de siete millones de personas rumbo a Estados Unidos. La causa principal, unida a la proliferación de un hongo que arruinó el cultivo de patata, fue el opresivo sistema agrario al que estaban sometidos los arrendatarios irlandeses dependientes de los colonos ingleses. En cuanto al perfil de los migrantes y las razones que los llevaron a abandonar sus países de origen, deben diferenciarse dos fases. A comienzos del XIX, los migrantes eran especialmente agricultores y artesanos que se vieron desplazados por la crisis agraria y la extinción de la artesanía gremial. A finales de siglo, varía el perfil de estos migrantes, entre los que abundaban jóvenes solteros sin formación. Como se observa en la tabla, desde la década de 1880, en la que se alcanzaron los máximos de migración en muchos países, las zonas de la Europa Mediterránea y del Este se situaron a la cabeza de los países emisores de emigrantes. Como se advierte en la tabla, cada oleada migratoria sería mayor que la anterior, hasta alcanzar un máximo poco antes del estallido de la I Guerra Mundial.



TASAS DE EMIGRACIÓN EUROPEAS
(Medias anuales por 1000 habitantes)

PAÍSES	1851-1860	1861-1870	1871-1880	1881-1890	1891-1900	1901-1910	1913	1921-1930
IRLANDA	14,0	14,6	6,6	14,2	8,9	7,0	6,8	5,9
GRAN BRETAÑA	5,8	5,2	5,0	7,0	4,4	6,5	11,0	5,9
NORUEGA	2,4	5,8	4,7	9,5	4,5	8,3	4,2	3,1
SUECIA	0,5	3,1	2,4	7,0	4,1	4,2	3,1	1,8
DINAMARCA	—	—	2,1	3,9	2,2	2,8	3,2	1,7
AUSTRIA-HUNGRÍA	—	—	0,3	1,1	1,6	4,8	6,1	1,4
ALEMANIA	—	—	1,5	2,9	1,0	0,5	0,4	1,0
FRANCIA	0,1	0,2	0,2	0,3	0,1	0,1	0,2	
ITALIA	—	—	1,1	3,4	5,0	10,8	16,3	3,4
ESPAÑA	—	—		3,6	4,4	7,0	10,6	6,3
PORTUGAL	—	1,9	2,9	3,8	5,1	5,7	13,0	3,2

Fuentes: Ferenczi eta Willcox (1929)^[5], Sánchez Alonso (1995)^[6]

REPORTAJE



HISTORIA



Durante el periodo de entreguerras, años caracterizados por el estancamiento, la inflación y los desequilibrios económicos, las fluctuaciones migratorias transatlánticas se ralentizaron. Los procesos de limpieza étnica y las persecuciones religiosas, como los pogromos en la Rusia zarista, provocaron el desplazamiento de amplios grupos población. El colapso económico de 1929 y la crisis de los años 30 frenaron notablemente la inmigración transoceánica. A pesar de la carencia legislativa en materia de inmigración, el brusco incremento del desempleo en Estados Unidos, que alcanzó tasas superiores al 20%, dio paso a una nueva era de endurecimiento de las fronteras y deportaciones. Los principales afectados fueron los trabajadores mexicanos, que, además de ocupar los trabajos menos cualificados, fueron forzados a abandonar EEUU, en muchos casos acompañados de sus hijos nacidos en territorio norteamericano. Se calcula que, entre 1929 a 1939, 469.000 ciudadanos mexicanos regresaron a su país de origen de forma voluntaria o forzada. Aunque la migración europea transoceánica fue la más cuantiosa del siglo XIX, hubo otros movimientos de población importantes. Destacan, por un lado, las migraciones internas rusas hacia la zona de Siberia tras la abolición de la servidumbre en 1861 y, por otro, los desplazamientos entre países europeos. El desequilibrio territorial entre regiones atrasadas y urbes sumidas en un acelerado proceso de urbanización intensificaron los flujos migratorios hacia Inglaterra y Centroeuropa. Muchos de los irlandeses que no se embarcaban rumbo a América, se instalaron en Inglaterra. Los italianos hacia Francia y los polacos hacia el territorio alemán.





El colapso económico de 1929 y la crisis de los años 30 frenaron notablemente la inmigración transoceánica. A pesar de la carencia legislativa en materia de inmigración, el brusco incremento del desempleo en Estados Unidos, que alcanzó tasas superiores al 20%, dio paso a una nueva era de endurecimiento de las fronteras y deportaciones

Durante la II Guerra Mundial, mientras que las migraciones por razones económicas pasan a un segundo plano, las deportaciones y los éxodos masivos de refugiados desplazaron a miles de personas, muchas de las cuales no volverían a sus lugares de origen. Tras el fin del conflicto, la escasez de mano de obra en países que se habían visto afectados demográficamente por el conflicto pero que habían recuperado con rapidez su economía se solventó con el fomento de políticas migratorias. La reconstrucción de las ciudades devastadas por el conflicto y el despegue económico de las viejas metrópolis provocaron afluencias migratorias entre 1945 y 1974. En torno a quince millones de trabajadores procedentes del sur de Europa y el norte de África, destacando italianos, españoles, portugueses, marroquíes, turcos y argelinos, emigraron a Francia, la República Federal de Alemania, Suiza, Bélgica o Austria. Los estados, deseosos de establecer un control efectivo sobre los movimientos de población, crearon nuevos organismos gubernamentales que sustituyeron a las diversas agencias privadas encargadas del transporte de inmigrantes. No obstante, la mayor parte de los trabajadores viajaban con pasaporte de turista y trabajaban de forma irregular. Fregar casas o portales, vendimiar, reparaciones o trabajo en la construcción fueron algunas de las ocupaciones estacionales más habituales. En el caso de la emigración española, solo un 24% de los trabajadores que habían entrado en Francia con carácter permanente lo había hecho de forma regular y hasta el 70% de los reagrupamientos familiares eran irregulares.

[...] los desplazamientos, lejos de obedecer a aspiraciones individuales, estuvieron determinados por los cambios en el modo de producción, las hambrunas y fueron esencialmente forzosas

No todos los países que conforman el centro imperialista iniciaron el proceso de industrialización al mismo tiempo. El éxito industrializador se debía, fundamentalmente, a la coincidencia entre los intereses de la burguesía industrial y el centro político. En el caso del Estado español, el comienzo de la Revolución Industrial fue lento y tardío, a causa de un conjunto de factores estructurales que ralentizaron el proceso hasta el punto de que se haya manejado el término de (relativo) fracaso industrializador. Unido al desmoronamiento del imperio colonial, en el siglo XIX se agudizaron las contradicciones entre un centro agrario, más terrateniente-latifundista que capitalista, y la periferia industrializada. Los intereses de los grandes latifundistas y los industriales, especialmente de la burguesía textil catalana, eran dispares, aunque ambos bloques no dudaron en hacer causa común en los momentos en los que el movimiento obrero ponía en peligro la estabilidad social. La primera región en industrializarse, con la industria textil como motor de progreso, fue Cataluña, seguida por Bizkaia, algunos puntos de Gipuzkoa y la cuenca minera asturiana. La consolidación de estos primeros núcleos vino acompañada del tendido de redes de comunicación ferroviarias y de las reformas liberales agrarias, que expulsaron al campesinado de los entornos rurales.

En el caso de Euskal Herria, el proceso industrializador se debió sobre todo al desarrollo del transporte en ferrocarril y de vapor, que permitía trasladar con rapidez el mineral y a los trabajadores, lo cual abarataba los costes de la producción de acero. La zona de Bilbao y los márgenes de la ría responden a un modelo típicamente industrial. El establecimiento de las primeras estructuras productivas capitalistas y los primeros bancos durante el primer tercio del XIX dieron paso a un avance espectacular, asociado a la producción abaratada de acero, circunstancia que favoreció la concentración de capitales extranjeros, españoles y bilbaínos. A partir de 1876, con el crecimiento intensivo de las explotaciones mineras en el tramo Triano-Muskiz, seguido a partir de 1880 por la instalación de fábricas y talleres dedicados a la industria siderometalúrgica, el crecimiento demográfico se aceleró. A lo largo de estos años, la población de Bizkaia pasó de 168.659 a 485.205 habitantes, mientras que en la zona de la ría de Bilbao lo hizo de 44.681 a 304.365, un crecimiento del 187,7% y 581,2% respectivamente ^[7]. Los padrones de la zona minera de Trapaga, Ortuella, Zierbana y Muskiz, articulada en torno a la actividad minera del hierro, muestran una estructura social mayoritariamente proletaria y migrante. Algo similar ocurría en Bilbao, donde en 1900 hasta el 77% de la población era inmigrante, y en Barakaldo y Sestao, en las que en 1890 el 72,3% de la población era de origen inmigrante. Los datos confirman el peso de los flujos migratorios. Por lo general predominaron los puestos de trabajo poco cualificados, estacionales y precarios, con condiciones especialmente penosas, notablemente peores que las de los obreros de entornos fabriles, en el caso de los barracones de la zona minera. Hasta finales del siglo XIX, hubo mineros que residían parte del año en Castilla, donde trabajaban en el campo como jornaleros, y parte del año en las minas vizcaínas.



A lo largo del siglo XX, los flujos migratorios experimentaron cambios importantes. Si bien durante los tres primeros cuartos del siglo XX predominó la emigración hacia el exterior (América durante la primera mitad del siglo y los países de Europa Occidental en las décadas de los sesenta y setenta), y hacia las áreas más industrializadas del Estado español (Madrid, Barcelona y Euskadi), durante las últimas décadas del siglo XX se redujo de forma drástica el flujo migratorio hacia el exterior y se produjo un aumento sustancial de la inmigración del exterior, que engloba el fenómeno del retorno de emigrantes que volvían a sus localidades de origen, así como de trabajadores procedentes del sur global.

Los desplazamientos y migraciones masivos de los siglos XIX y XX, tanto internos como transoceánicos, se debieron a los cambios en el modo de producción, la sobrepoblación inherente a las lógicas de acumulación y a las contradicciones del Capital. Frente a la teoría liberal sobre la inmigración libre, herencia de una visión épica sobre el viaje al “Nuevo Mundo” como tierra de oportunidades, parece claro que los desplazamientos, lejos de obedecer a aspiraciones individuales, estuvieron determinados por los cambios en el modo de producción, las hambrunas y fueron esencialmente forzosas. ●



REFERENCIAS

- [1] Marx, K. EL CAPITAL. Capítulo XXIV. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m e/1860s/eccx86s.htm>.
- [2] Hobsbawn, E. (2011) *La era del capital, 1848-1875*. Editorial Crítica.
- [3] Lenin, V.I. (1975). El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación del mercado interior para la gran industria. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1899/desarrollo/el-desarrollo-del-capitalismo-en-rusia.pdf>
- [4] Datos estadísticos disponibles en: https://uapas2.bunam.unam.mx/sociales/migraciones_europeas_causas/
- [5] Willcox, W. F (coord.) (1929) *International Migrations, Volume I: Statistics*. 1929
- [6] Sánchez Alonso, B. (1995) “La emigración española a la Argentina. 1880-1930”. En SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (coord.).
- [7] Datos estadísticos extraídos de Pallol Trigueros, R., Abad García, R., *Inmigrantes en la Ciudad. Dinámicas demográficas, mercados de trabajo y desarrollo urbano de la España contemporánea*.

Publicación

OCTUBRE 2024

EUSKAL HERRIA

Coordinación,

redacción

y diseño

GEDAR LANGILE

KAZETA

Web

GEDAR.EUS

Redes sociales

TWITTER E

INSTAGRAM

@ARTEKA_GEDAR

Contacto

HARREMANAK@

GEDAR.EUS

Suscripción

GEDAR.EUS/

HARPIDETZA

Edición

ZIRRINTA

KOMUNIKAZIO

ELKARTEA

AZPEITIA

Depósito Legal

D-00398-2021

ISSN

2792-453X

Licencia



arteka